

COMEDIA NUEVA

EN TRES ACTOS,

EL BUENO Y EL MAL AMIGO.

DE DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

PERSONAS.

Leonardo, esposo de:
Quintina, madre de:
Jacinto, niño de cinco años.
Don Anselmo, amigo de Leonardo.
Claudino, mal amigo de Leonardo.
Rita, Amada de Leonardo, prima de:
Perico.
Lucía, criada de Quintina.
Dionisio.
Narciso, amigos de Claudino.
La Poncha.
La Curra, amigas de Rita.
Un Escribano.
Dos Alguaciles que no hablan.

ACTORES.

Manuel Garcia.
La Señora Juana Garcia.
Juan Lopez.
Manuel de la Torre.
Felix de Cubas.
La Señora Andrea Luna.
Mariano Querol.
La Señora Polonia Rochel.
Joseph Garcia.
Franco Garcia.
La Señora Maria Rivera.
La Señora Isabel Correa.
El Señor Juan Codina.

LA SCENA SE REPRESENTA EN MADRID.

ACTO PRIMERO.

Un aposento corto con algunos taburetes: Quintina sentada haciendo labor y enjugándose las lágrimas con alguna intermision, y Lucía observandola en los bastidores de la izquierda, con algun sentimiento.

Quint. **A**y mi Leonardo, qué poco te tira el honesto extremo de tu esposa, y el amor de aquellos hijos, que un tiempo fueron tus delicias! Ah! qué distraído, qué ciego te hacen vivir los encantos de una muger! No haber vuelto en dos dias y dos noches, por compasión á lo menos, á ver tu casa, y tu triste familia! El cuidado inmenso con que debes contemplarla, y que no el cariño tierno

que la profeses, debiera traerte un solo momento á sacarla de él.

Sale Luc. Señora: con qué compasión la veo llorar! bribon; qué presidio! ap.

Quint. Qué quieres, Lucía?
Luc. Ha hecho mi amo algun viage?

Quint. Por qué?

Luc. Porque no le veo el pelo, dos dias hace, por casa.

Quint. Ayer tarde, nada menos, estuvo aquí, mientras tú

fuiste á la plaza.

Luc. Lo siento. *con intencion.*

Quint. Y me dixo el grave asunto que le impedía, el volvernó á ver, hasta hoy.

Luc. Pues ya. *con bufonada.*

Quint. Disimular sus defectos quiero á Lucía, pues éstas son de todos nuestros yerros los mas crueles fiscales.

Luc. A qué serán fingimientos conmigo, si en la materia sé yo mas, con quinto y tercio, que vm.? Mi amo, hace dos meses, que está bebiendo los vientos

por una aragonesita, que de Zaragoza huyendo vino, con un primo suyo, hace pequisimo tiempo.

Allí pasa sin sentir

el dia, echando requiebros

á su embeleso: allí son,

á costa de su pellejo,

las comilonas y bayles:

él paga los aposentos

de Operas, y de Comedias:

el coche para el paseo:

los balcones en las fiestas

de toros: los dulces secos

y frasquillos, que devoran

los distinguidos sugetos,

que van á hacer la tertulia

á la señora: por cierto,

linda gente: un primo-suyo, (cia.

mozo de substancia y peso: con mali-

un picador andaluz,

algun otro peluquero,

y mi amo, con su amigo

Claudino, todos muy buenos

mozos, para manejar

un fusil ó un par de remos.

Quint. Ah, con qué dolor escucho,

Leonardo, tus desaciertos!

Luc. Mi amo la paga la casa,

la comida, el peluquero,

labandera, aplanchadora,

la modista, el zapatero,

y quanto allí se consume;

y lo gracioso del cuento es, que entre el primo y la prima en dos meses no completos, han chupado á mi señor, cerca de quatro mil peses; y á sus espaldas, es solo quien goza los privilegios y honores de amo de casa, uno que llaman Don Pedro, mayordomo de un señor, que segun oí de cierto, ha de casarse con ella en aquel mismo momento, que acaben de desollar á mi amo.

Quint. Yo nada creo.

Luc. No? mas diré. Antes de ayer

con ella y mi amo, fueron

los de su noble pandilla,

todo el dia de bureo

al canal en varios coches.

Diré mas: cinquenta pesos

costaron, comida y cena

solamente: ayer los mismos,

en buen amor y compañía

se marcharon á Pozuelo

á los novillos, y ahora

poco hace, aun no habian vuelto

Quiere vm. mas? Esta noche

tienen el bayle dispuesto

con cena, y demás perfiles

que se usan (se entiende, siendo

el pagano mi amo) en casa

de su amigo y consejero

Claudino. Quiere vm. mas?

La ha regalado un baquero

de raso para esta noche,

y pendientes, como aquellos

de cristal que vm. tenia.

Quint. Y quizá serán los mismos,

que le di para vender

estos dias.

Luc. Sé de cierto

tambienn: pero para prueba

de que sé yo todo el cuento,

basta con lo dicho.

Quint. Alma,

desmentirla procuremos

por el honor de Leonardo
siquiera. Lucia enredos
y chismes de tienda, son
quanto dixiste.

Luc. Muy bueno;
quiere vm. desengañarse? *llaman.*

Quint. Mira que llaman.

Luc. Bien, luego,
veréis si son chismes.

Parte por la derecha.

Quint. Ah,
quán vanamente pretendo
encubrir á ella, y á todos
sus flaquezas, quando él mismo
las hace públicas! Ay,
Leonardo mio! los Cielos,
que puedan, te traigan hoy
á mejor conocimiento.

Vuelve á salir Lucia, y despues Leonardo quitandose la espada, y sombrero, y dandoselo.

Luc. Era hora, señor?

Leon. Lucia
no es de tu incumbencia eso; *con se-
vé y dexa sobre mi mesa (caturá.
el espadín y sombrero,
busca el picaporte mio,
y sacame dos pañuelos.*

Luc. Bien.

Leon. Dexamelo allí todo.

Luc. Ah infames hombres! riñendo
viene, porque no le riñan:
qué dogal en todos ellos.

*Parte por la izquierda.
Quintina, dexando la labor, y corrién-
do con regocijo ácia Leonardo.*

Quint. Esposo mio: qué traes?
vienes malo? *con sobresalto.*

Leon. No por cierto. *con despego.*

Quint. Pues qué tienes?

Leon. Nada.

Quint. Quieres
desayunarte?

Leon. Ya lo he hecho.

Ah, engañosa! tu con otro?

No mas; dexarla resuelto. *ap.*

Quint. Con qué cuidado has tenido
á Quintina!

Leon. Sí, lo creo, *con blandura.*

pero no pude: -

Quint. No tienes
que disculparte, comprendo
que si tú hubieras podido
avisar, lo hubieras hecho.

Leon. Qué amor, y qué mal la pago! *ap.*
Y Jacinto y Felix?

Quint. Buenos:

Felix, tan enredador,
tan gracioso y tan travieso,
que es el encanto de todos.

Ayer no tuvo otro anhelo
que irse solo hasta tu quarto,
llamarte, venirse luego
á esta pieza en busca tuya,
todo el dia repitiendo:
papá, papá: ah, no le pagas
tú, Leonardo, el amor tierno
que te tiene!

Leon. Ay hijo mio, *como enternecido.*
qué impresión estás haciendo
en mi alma!

Quint. El otro, ayer
viendo que aun no habias vuelto
desde el dia antes, estubo
con el mayor desconsuelo
llorando lo mas del dia,
sin que halláramos un medio
para obligarle á comer,
creido en que habrias muerto
quando no habias venido
á dormir. Por fin, el Maestro
que estubo aquí por la tarde,
le obligó á comer, diciendo
que te habia visto, y que
vendrias á casa presto.

Pero no quiso dormirse
hasta que ya el mismo sueño
le rindió, por esperarte.

Leon. Ceguedad mia, oyes esto:
amor, amor paternal,
dónde estás? Estos afectos

inocentes: Ay Quintina! *avergon-
zado.*

Quint. Qué quieres?

Leon. Están despiertos? *enternecido.*

Quint. Lo veré. Aun nos ama, pues *ap.*
mis voces le enternecieron. *vase.*

Leon.

Leon. Ay virtuosa Quintina!

Ay dulces pedazos tiernos
de mis entrañas! vosotros,
los sencillos sentimientos
de vuestra naturaleza,
me afrentan mas que mis yerros.
Ella os enseña á ser hijos
de un padre, indigno de serlo,
por su abandono. Ah sirena
engañosa, tus extremos
fingidos, á una cadena
de culpas me condugeron.
Tu me hiciste que negára
á Quintina aquel afecto
que su virtud merecía,
y aun (yo mismo me averguenzo
y horrorizo de acordarlo.)
Me hiciste ver con un fiero
horror á mis mismos hijos,
crimen tan torpe, tan feo,
y exêcrable, que debora
mi corazon por momentos.
Fama, esposa, religion,
intereses, y sosiego
me hiciste perder, y todo
lo recompensas, haciendo
venturoso á mis espaldas,
á otro hombre. Este duro premio
que das hoy á mis delirios,
me los presenta mas feos
y abominables. Ya estoy
pesaroso, lo confieso,
de haberte amado: bien sé
que el acordar mis excesos
me hará vivir con la pena
mas cruel, pero contemplo,
que á tí te han de deborar
tus justos remordimientos.
Y pues con un desengaño
de mis letargos desierto,
amable Quintina, hijos
de mi corazon, doleos
de mi amargura, y creed,
que desde aqueste momento,
será de los tres mi amor,
mi vida, y mis sentimientos.
Sale Quint. Leonardo, si hubieras visto
la commocion, el contento

de tu Jacinto, al saber
que habias á casa vuelto?
desnudo y todo queria
salirte á ver: ya le dexo
vistiendose á toda priesa.

Leon. Que prefiriera yo ciego
á estos sentimientos dulces,
sencillos y verdaderos,
los nocivos y engañosos
de aquella aleve? No puedo
consolarme, al acordar
su infidelidad. *ap.*

Quint. Pasemos
á otra materia Leonardo;
te ha quedado algun dinero,
del que acaso te darian
por mis pendientes?

Leon. No veo
que decirla. *ap.*

Quint. Porque falta
que traer pan, y yo no tengo
ni un ochavo desde ayer.

Leon. No Quintina, siete pesos
que de ellos saqué, al minuto
quiso mi suerte, que al juego
los perdiese, la verdad. *Como antes*

Quint. No te entristezcas por eso, *Leon.*
ni vayas á avergonzarte
á nadie: Mira, allí tengo
todavía aquella cruz
de diamantes que en el pecho
solia ponerme: ya
es un adorno superfluo
para mí: puedes venderla;
ella vale, por lo menos,
quatro mil reales, si logras
sacar tres mil y quinientos,
podremos irlo pasando
hasta que mejore el Cielo
nuestro estado. No lo apruebas?

Leon. Sí, sí, no es mal pensamiento.
Vase Quintina, y sale D. Anselmo.

Que yo tratara tan mal
su virtud! Mas D. Anselmo:
vos tan temprano en mi casa?

Ans. Sí, amigo, y contra vos vengo.

Leon. Contra mí?

Ans. Sí, contra vos:

vaya, tomemos asiento,
y oid.

Leon. Qué querrá?

Ans. Sabeis

que soy vuestro amigo?

Leon. Al menos

me lo habeis hecho creer

con las finezas que os debo

desde que murió mi padre.

Ans. Sabeis vos el fundamento

que tengo para apartarme

días ha del lado vuestro?

Leon. Serán las ocupaciones

con que os hallaréis.

Ans. No es eso;

vuestra conducta me aparta

de vos, Leonardo. No quiero,

que la compañía vuestra,

eche á perder mi concepto

entre las gentes. A vos

os ven distraído, ciego,

abandonado, y en una

palabra, Leonardo, lleno

de vicios; y si me vieran

á mi siempre al lado vuestro

con aquesas mismas prendas

me creerian. Anselmo

os quiere bien, pero quiere

mas que á vos á su concepto;

el vuestro le habeis perdido

por despreciar mis consejos,

y aunque debiera enojarme

con vos, no me dexa hacerlo

mi buen corazon, y ya

lo estimes ó no, yo vengo

á reñir el abandono

con que vivís: Sé de cierto,

ese pernicioso trato

que teneis: Sé en poco tiempo

lo que en él habeis gastado;

sé el poco ó ningun aprecio

que haceis de muger é hijos,

sé que ni ella, ni ellos

han tenido que comer

muchos de los dias mesmos,

en que habeis vos malgastado

una suma, con aquellos

y aquellas que mas mormuran

de vos, aun en el momento

que os disfrután. Sé que en dos

y tres dias, no habeis vuelto

á vuestra casa, y Quintina,

porque sus dos hijos tiernos

no perecieran, ha ido

mendigando por el pueblo

para sustentarlos. Ah,

Leonardo, en qué estado ha pnesto

vuestro continuo abandono;

su rubor, su nacimiento

distinguido, y su virtud!

Vos no contento con esto,

inadvertido, habeis ya

disipado seis mil pesos

que os dexó vuestro buen padre

ganados en su gobierno

con mucho afán: por la falta

de dinero, está suspenso

aquel pleito interesado

que su viveza y su zelo

os dexó próximo ya

á sentenciarse. Los medios

que os grangeó su honradez

para que fuerais muy presto

colocado con ventajas,

vuestros continuos excesos

los han perdido, y en fin,

sin amigos, sin dineros

y con deudas, os hallais

en el mas próximo riesgo,

de veros en un sonrojo,

que, si pensais como Anselmo,

os quite la vida: Habeis,

reflexionado un momento,

vuestra actual situacion,

y la de esos tres objetos

inocentes? No, yo sé

que si vos lo hubierais hecho,

os confundierais. En fin,

Leonardo, yo estoy contento

de haber hecho, lo que debe

un amigo verdadero.

Vos hareis lo que quisierais

ahora, pero advirtiendome

si, que si no corregis

vuestro proceder, Anselmo

será el mayor enemigo

que

que tengáis ; pero si veos
que os mostráis arrepentido
de vuestros pasados yerros,
nada de quanto perdisteis
tendréis que llorar. Dinero,
proteccion, consuelo, amor,
todo en mí solo, os prometo
que lo hallaréis, y hallaréis,
como lo hallasteis un tiempo,
un amigo, que por todo os
vale, quando es verdadero.

*Leonardo, entre avergonzado y en-
ternecido.*

Leon. Ay Don Anselmo, que llega
tarde mi arrepentimiento.

Ans. No tan tarde, que no pueda
hallarse todo remedio.
Pero callemos queisale levantandose.

Quintina. Los pies os beso,
*A Quintina que sale con una caxita
en la mano.*

Madama.
Quint. Para servirlos siempre y Señor Don Anselmo,
Toma, Leonardo, que Felix,
dándole la caxita.
está llorando, y con vuestro
permiso voy á vestirle.

Ans. Qué amable es? Me compadezco
de sus trabajos. En fin, no
conocisteis vuestro yerro, lo no
y deseáis enmendarle?

Leon. Ay amigo, cómo puedo:
Ans. No mas: con toda presteza
me daréis para gobierno
una minuta de todo
lo que estuviereis debiendo,
y á quién, que yo mismo iré
á pagarlo.

Leon. Oh Dios!
Ans. No quiero

que vivais con la zozobra
que un noble vive, teniendo
acohedores que llamen
á su puerta con imperio
y desvergüenza, que es
muy comun en los mas de ellos.

Leon. Ved que es suma muy crecida.

Ans. Sino lo es mas mi dinero,
lo es mi crédito. Formad
la minuta, mientras entro
á ver á Jacinto.

vase por la izquierda.

Leon. Oh
amigo el mas verdadero!
tú á labrar de nuevo vas
la ventura que mis yerros
destruyeron. Muger falsa,
tus alhagos lisongeros
detesto ya: ni aun tu nombre
hallar en mis labios quiero
mas en mi vida; el retrato
sacando un retrato.

de tu nocivo embéleso,
irá, donde ni un descuido
me le haga ver estos, estos
sacando unos papeles.
papeles, que ahora me acuerdan
tus falaces juramentos,
romperé tambien yo:

Sale Claud. Qué haces,
hombre? tú has perdido el seso?
de qué nace ese furor?
oh, qué papeles son esos
que ibas á romper?

Leon. No son
papeles, lazos son estos,
donde una falsa muger
aprisionó en otro tiempo
mis incatitos años.

Claud. Malo,
si yo no busco remedio,
voló este pájaro. Cómo?
de la Rita son? buen premio
dáral delirio que tiene
por tí; desde aquel momento
que de su casa saliste
esta mañana, diciendo
que no habias de volver,
la pobre está sin consuelo.
Ella llora, ella suspira,
ella grita: vaya, creo
que si no vas pronto allá,
pierde el juicio.

Leon. Quién, yo? pienso
no volver jamás.

Claud. Si vieras
que locuras, y que extremos
hacia con tu retrato
luego que te fuiste, creo
que no hablarías así.
En fin, después que diciendo
fue treinta mil disparates
por la casa, sin que Pedro
ni yo, bastáramos á
consolarla, a questo pliego
escribió, regándole
mil veces con llanto tierno,
para su Leonardo. Lee,
lee, y después hablaremos.

Le da un pilleto.

Leon. De veras Claudin? *Con regocijo.*

Claud. Mira,
daría yo quanto tengo
por una moza tan firme
y tan amante.

Lee Leonardo:

„Mi bien, mi vida, mi consuelo, mi
„Leonardo:

Representa.

Oh qué acentos
tan dulces!

arreatado.

Lee:

„yo jamás te he ofendido ni aun con
„el pensamiento.

Representa.

Pues, con qué fin
supondrían que Don Pedro

salió de su mismo quarto
tan tarde?

Claud. No es claro eso?
por la envidia que te tienen
los que ven que eres su dueño.

Lee:

„Si no quieres dár crédito á mis vo-
„ces, y te parece que soy culpada,

„vén y dame un veneno para que
„muera por tí, quien por tí vive.

Representa.

Corazon, quien esto escribe
podrá ofenderme?

con ternura.

Claud. Mas tierno,
está ya. Solo esa carta

bastaría en mi concepto
á ablandar un corazon

de piedra ó bronce: eso, eso
es querer.

Leon. Será posible
que esto sea fingimiento?

Claud. Vaya, quisquillas á un lado,
y vamos los dos corriendo
á consolarla.

Leon. Hombre::: *como indeciso.*

Claud. Vamos.

Leon. Pero, Quintin:::

Claud. Qué es ello?

Te ha pegado por las dos, *con bufon.*
noches, de distrahimiento?

Ha, ha, ha, qué chiste! Vaya
la verdad, la tienes miedo,

Leonardo? Se levantó
con el mando? Si, yo creo

que sí: Galzones: he, *con desprecio.*
qué vergüenza! Digo, y eso

quien se alibaba que todos
temblaban en el momento

que entraba en casa.

Leon. Y lo digo.

Claud. Viene bien con lo que vemos:
dala alas, dala, verás

que dentro de poco tiempo,
te hace pedirla permiso

aun para::: vaya dexemos
esto, que me dá corage

pensarlo. En fin, tú de miedo
no vienes? es esto? pues

yo me voy, y al gran congreso
lo diré así, *partiendo.*

Leon. Espera.

Claud. Vaya,
te quedas ó vienes? Presto.

Yo lo siento, la verdad,
porque en faltando tú, creo

que entrará á mandar en xefe
la casa de Rita, un cierto

Marquesito, que hace dias
que solicita el empleo;

y yo sé que ella por tí
le desprecia; demás de esto,

sabes el bayle que yo
para hoy estoy disponiendo

de órden tuya, y si se dexa,
dirán, y con fundamento,

que aparentaste este enojo,
porque no tienes dinero

para costearle. Qué asienta,
para quien en todos tiempos
pensó con tu espléndidez!

Leon. Dandotele yo al momento
no lo dirán.

Claud. Y has de ver
hoy en poder de otro dueño
aquella alhajita?

Leon. Alma,
con este dolor no puedo. *ap.*

Claud. Ya cayó el pobre Leonardo
de su Trono, irán diciendo
todos los que lo desean:
Ya reyna otro: por aquesto
solo, no dexará yo
su trato, aunque mil desprecios
sufriera.

Leon. Es verdad, Claudino,
ya estoy del todo resuelto: *con resol.*
no tendrán tal vanagloria
los envidiosos.

Claud. Me alegro.
Eso es pensar con honor.

Leon. Voy por la espada y sombrero.
Espera. *vase.*

Claud. Ya cayó. Bien
sabía yo que era el medio
mas fuerte para vencerle
picarle por el extremo
de la vanidad. Así
le he chupado yo muy buenos
reales, y me he divertido
á la ley, muy largo tiempo
á su costa. Pero él vuelve.

Sale Leonardo con capa, espada y sombrero.

Leon. Qué es lo que voy á hacer, Cielos?
Ya olvidé mi situación? *como arrep.*
Este es mi arrepentimiento?

Claud. Amigo, qué pinpollitos,
para esta noche tenemos,
en el bayle? Digo, y todas
campan hoy por su respeto.
Vamos, vamos, y verás
qué rato tan estupendo!

Leon. Qué dirá Quintina? *Pensativo.*

Claud. Vaya,
que discurre?

Leon. Don Anselmo!!!

Claud. Vámos. *asiendole del brazo*

Dentro Jac. Padre.

Leon. Hijo, queriendo ir á la izquierda

Claud. Vámos

con mil y mas.

*Asido del brazo, se le lleva Claudino
con precipitación por la derecha. Pa
la izquierda Lucía y Jacinto.*

Jac. Padre.

Luc. Luego
que ahora va de prisa.

Jac. Padre,
déme vm. siquiera un beso.

Luc. Hechale un galgo.

Jac. Ya se ha ido,
sin responder. *llorando*

Luc. Vén, que presto
volverá.

Jac. Madre.

Luc. Si vino *se entra llorando*

su amigo y su mensagero
qué había de hacer? quizás
le habrá dado á su embeleso
algun parasismo y va
á confortarla. Qué bueno
era para mí! le hubiera
arrancado por lo menos
los ojos! pero mi ama
se aniquila por momentos
callando mientras se está
el picaron divirtiendo
á la ley: mal luego ámen
en el mejor de estos tiempos.

*Aposento mas largo de la casa de
Rita. Rita con peinador puesto, sen
tada al tocador y Perico, como picando
un cigarro.*

Rit. Mucho tardan ya. *con impaciencia*

Per. No importa
muger: una vez que empeño
bizo, de traerle Claudino
no vendrá sin el. Es bello
mozo: sin adulación,
para zurcir un enredo,
y estafar un par de duros,
no tiene igual: le habrá puesto
con su trapala, á Leonardo

mas mansito que un cordero;

tu verás como aun te pide

perdon, el gran majadero

siendo él solo el agraviado.

Rit. Quién le habrá ido tan presto

con el soplo?

Per. Algun vecino,

que salir vería á Pedro

de aquí.

Rit. Que llaman.

Per. He, ya

cayó en la liga el gilguero.

Rit. Mira, que sepas hacer

el papel.

Per. Traiga el dinero,

y dexalo por mi cuenta.

Pues á fé que el niño es lerdo

para el caso.

Rit. Ahora conviene

fingir un poco de ceño

y esquivéz, para que acabe

de quedar bien satisfecho

de mí, y me crea inocente.

Per. Venga la espada y sombrero

lo guardaré, no se manche.

Vaya, echadla dos requiebros,

y mimadla un poco, que ella

se ablandará. Pronto vuelvo.

Leon. Rogarla yo? no lo piense.

Toma un libro y se sienta á un lado

haciendo que lee.

Rit. Malo, no viene tan tierno

como creí.

Leon. Ni aun me mira,

y yo resistir no puedo

su enojo.

Rit. Pues yo no le hablo.

Leon. Tan tiesa es, que un dia entero

Me llamabas para esto?

Rit. Y viene vm. para esotro?

Leon. Qué he de hacer, quando te en-

de ese modo?

Rit. Le han reñido

á vm. mucho?

Leon. A mí, quién?

llaman.

levantanse.

Rit. Bueno,

su muger: la ha echo ya

quatro cocos?

Leon. No por cierto,

Rit. La ha pedido vm. perdon

para mitigar su ceño;

la verdad? y que yo sea

tan fatua que esté queriendo

á hombre casado? no mas,

vayase vm. al momento,

y jamás vuelva á acordarse

de mí, ni mi casa.

Leon. Pero

muger.

Rit. Nada.

Leon. Si yo solo

te amo á tí, y ya ni aun me acuerdo

de su nombre.

Rit. Habrá vm. ido,

la habrá dado fino, y tierno

un abrazo, y por dos dias

solos que á casa no ha vuelto

la habrá dicho mil mentiras,

porque no le pida zelos.

Los hijos habrán salido

á recibirle diciendo,

papá, papá. Que irá! Solo

de pensarlo me enfurezco.

Leon. Es posible amada Rita

que así delires, sabiendo

que los aborrezco á todos

por tí.

Rit. Ah falso!

Leon. Sabe el cielo:--

Rit. Que me engañas, y que yo

engañar de tí me dexo.

Per. la izquierda Perico alargandole

un cigarro.

Per Vaya Señor Don Leonardo

dé vm. del mio; que es bueno,

quatro fumadas, y venga

ese otro, le picaremos,

y os haré algunos cigarros,

porque no os mancheis los dedos

con la melaza.

Leon. Os lo estimo.

Le da la bolsa, y Perico hace

que pica el tabaco.

B

Per.

Per. Ya sabeis que yo no tengo
mas afan que el de servirlos,
y quitaros el pellejo. *ap.*

Leon. Con mi amistad os lo pago.

Per. No es eso lo que yo quiero: *ap.*
y Claudino?

Leon. Luego viene.

Per. Supongo que ya dispuesto
estará el bayle, con todos
los requisitos que en ellos
acostumbráis. El pasado
fué en todo fino, y completo,
y os grangeó mil elogios
de las damas. No, ello es cierto,
que no hay otro Don Leonardo
para salir de un empeño
con lucimiento.

Leon. Qué mozo
tan entendido y atento!

Per. Esta, ha dado en la manía
de que no hade ir.

Leon. Cómo es eso?
no faltaba más.

Rit. Lo dicho.

Leon. Y por qué?

Rit. Porque no quiero.

Leon. No tienes otro motivo?

Rit. Qué, no es bastante?

Leon. Yo creo
que no, y mas si es gusto mio
el que vayas.

Rit. Necio empeño,
porque no he de ir. v m. vaya
y baile, hasta que los huesos
no quieran mas, y de paso
si le ha cansado este empleo,
como da á entender, podrá
solicitar otro nuevo,
que plazas habrá vacantes
en el bayle.

Leon. Me condeno
con tus caprichos.

Per. Muger
no ves que:—

Rit. No nos cansemos,
que no he de ir aunque me hicieran
tajadas. *vas.*

Leon. Pues qué hay de nuevo,

Perico? qué ventolera
la ha dado á Rita?

Per. Aquí entro
yo con la mía,

Leon. Qué tiene?

Per. Nó veis? El humor rebuelto.

Leon. Por qué causa, qué la han dicho?

Per. Hombre:— vaya, no me atrevo
á decirlo.

Leon. Qué teneis?

Per. Friolerita es su genio:
si ella supiera que yo
lo decia, por lo menos
un año de Hospicio, sí,
me costaria á mí el cuento.

Leon. Yo os ofrezco un peso duro,
á mas de guardar secreto,
si me lo decís.

Per. Los hombres
de mi distincion:—

Leon. Ya, pero:—

Per. No hay pero que valga; un noble
no vende á tan baxo precio
las confianzas.

Leon. No hay duda.

Per. Pobre; pero nada de eso.
Ya veis, si me haria al caso
ese peso duro; pero
amigo una cuna ilustre
siempre inspira pensamientos
altos.

Leon. Tambien es verdad:
y es hijo de un alfarero. *ap.*

Per. Lo dié, porque os estimo,
y complaceros desco,
no por interés. Ahora,
si á vos se os antoja luego
darme alguna friolera,
supongamos: pero eso
ha de ser por voluntad,
no por paga.

Leon. Ya lo entiendo.

Per. Pero por Dios, Don Leonardo,
no lo huela.

Leon. Yo os lo ofrezco.

Per. Es que:—

Leon. No tengais cuidado.

Per. Pues bien, voy á ver primero

si está escuchando.

Camina á la izquierda.

Leon. Si acaso la habrá dicho el tal Don Pedró que no vaya, y ella quiere darle gusto. Vive el cielo que si fuera así:—

Volviendo Per. En su quarto se ha encerrado, á lo que veo: sobre que vos la teneis trabucado todo el seso.

Leon. Yo?

Per. Si señor, vos: y el caso es, que yo ni salgo, ni entro, y pago vuestros enfados, pues si quiero defenderos, lo primero que halla á mano me pone ella por sombrero: y yo lo aguanto, porque por vos:— mas vamos al cuento: el Don Pedro que os han dicho, la hace mil cocos, es cierto, y ayer:— digo Don Leonardo, la cuidado.

Leon. Perded el miedo.

Per. No haga el diablo que:— ya estaba aviado.

Leon. Decid presto:

con qué sobresalto estoy! *ap.*

Per. Ayer, como iba diciendo, la hizo un regalo que:— vamos de rumbo.

Leon. Y dónde está?

Per. Bueno,

pues qué habia de admitirle estando vos de por medio?

aunque él hubiera importado mil doblones: pues buen genio tiene, para recibir

ni un alfiler de sugeto que ella no trata, y mas, digo queriendoo con el extremo

que os quiere!

Leon. Pues qué hizo de él?

Per. Qué? volversele, diciendo que se fuera enhoramala, que ni de él, ni sus obsequios necesitaba.

Leon. Se puede

dar mayor fineza?

Per. Eso es otra cosa: ella puede

tener muy maldito genio, y estar siempre regañando

con vos; pero en el momento al que volveis la espalda: vaya si eso es mucho. Vos, ya creo

que conoceis á la Justa: aquella de los ojuelos,

saltones, descolorida, que tuvo al marido enfermo, y le envió á tomar ayres

á Zeuta.

Leon. Sí ya me acuerdo.

Per. Pues esa vino poco hace á decirla, que un sugeto de alto bordo, está hace dias

hecho un pobre majadero por ella, y que sin mas fin que:— vamos, verla, y entiendo

que visitarla, queria cuidarla en un todo. A esto añadió, que vos estabais

como decimos en cueros; que muchas de sus amigas

por verla sin los arreos decentes de moda, ya no querian, ni por pienso,

tratarse con ella. Que vuestra muger, en secreto,

estaba solicitando con todo ahinco, perderso:

vaya, la llenó los cascotes de tales cosas que:— es cierto que os quiere, porque sino

ya hubierais perdido el pleyto que un señor Indiano: amigo

es tentacion para un cuerpo mayor: pero Rita, nada, firme, que firme.

Leon. Todo eso

es envidia de la Justa, porque ha dias que no quiero convidarla á nuestras bromas.

Y qué no quiere por eso ir Rita al bayle?

Per. Haced cuenta que sí, y que no al mismo tiempo. Pues como Justa la dixo entre muchísimos cuentos, que Doña Pepa, la Andrea, la hermana de Don Matheo, la Curra, y:—vamos, las mas de las que van han dispuesto estrenar para esta noche sus cabriolés largos, de esos de moda, y la chica, pues, no le tiene: (yo ya veo que tiene razon) no quiere ir á ser de ellas y de ellos irrisión. Ya se vé, yo la dixe, que en el momento la traeríais vos uno; Pedro, tú que tal digiste, Pedro, se puso, como acostumbra algunas veces, diciendo, que cuenta con que jamás supierais vos nada de esto. Que no quería obligaros á unos gastos tan superfluos, pues aun sentia en el alma lo que os habia ya hecho gastar en tan pocos meses.

Leon. Se dará mayor extremo en muger!

Per. Por Dios, Leonardo, no venga á pagar yo el cuento, por haberos dado gusto.

Leon. Digo que perdais el miedo que nada sabrá. Yo voy al portal de manguiteros, á escogerla un cabriolé, y enviarsele.

Per. Hasta el anzuelo tragó.

Leon. Vos, por entendido, no es deis, que yo pronto vuelvo.

Per. Yo? pues muy buena labor hacia.

Leon. Dadme el sombrero y la espada.

Per. Voy. *vase por la izquierda.*

Leon. En un terrible apuro me veo,

sino ha vendido Claudino la cruz de diamantes. Ello es preciso compensar de esta manera el extremo que Rita me tiene.

Sale Per. Vaya.

Limpiando el sombrero y la espada y dandoselo.

tomad, que si yo no tengo el cuidado de limpiarle siempre irá con dedo y medio de polvo.

Leon. Que buen muchacho poniendose la espada y sombrero es Perico!

Per. Viva un cuerpo con ley. Sobre que en mirandote con cuidado, me embeleso. Que no ruviera yo ese arte, y rese personal!

Leon. Que ingenuo es! Cuenta que procureis ablandar un poco el ceño de Rita. *vase por la derecha.*

Per. Vereis que afable la hallais á la vuelta. Eso si viniese el cabriolé, que sino, verás que perro te damos los dos.

Al paño Rit. Se fue?

Per. Si ya va como un cordero por el cabriolé.

Rit. Pues bien, marcha tú ahora corriendo y avisa á Don Pedro.

Per. Voy.

Rit. Que le espero luego, y mientras él este aquí ponte al balcon, y:—

Per. Ya entiendo.

Rit. Segun me ha dicho Claudino Leonardo está poco menos que en cueros: y pues ya su muger todo el enredo, y yo estoy mal, si ella dá alguna quexa, el remedio es, darle unas dimisorias reverendas, en cogiendo

el cabriolé. Lo peor de todo es, que no me atrevo á despedirle yo misma. Pero no importa; admitiendo á Don Pedro, de manera, que él lo sepa, arderá en celos, querrá que le satisfaga, yo no lo haré, y es el medio de que enojado me dexe (como otras veces ha hecho) por unos dias: y entonces me valgo de ese pretexto para no admitirle mas, en caso que vuelva luego á buscarme. Buen arbitrio es, para lograr mi intento sin sonrojarme; y si acaso no me sale como pienso, le diré que por hallarse casado, y saber de cierto, que su muger solicita perderme, ya no me atrevo á darle entrada en mi casa. Le diré que en todos tiempos le amaré como hasta aquí: que siempre será mi tierno corazon suyo, y en fin, que no admitirá otro dueño mi alvedrio, aunque jamás vuelva á verle. Si es tan necio que lo cree, llevará el desengaño á su tiempo; y si no lo cree, yo logro disfrazar mi intento, y echar de mi sin vileza un fastidioso estafermo, casado, zeloso, y pobre, como que es el mayor de los peros.

Calle: y sale por la izquierda Don Anselmo.

Ans. Valgame Dios, que perjuicios acarrea en todos tiempos á un jóven, un mal amigo! este vicioso mozuélo: es quien del todo perdió á Leonardo. Lo siento por su infelice muger, mas que por él. Ya, aunque veo

su precipicio tan cerca, reconvenirle no pienso mas acerca de sus vicios. No señor, no, yo no quiero gastar tiempo ni saliva, en saludables consejos, para sacar tan buen fruto como el de hoy. Bribonzuelo, y qué bien hizo el papel de arrepentido. Yo ofrezco que no me vuelva á engañar otra vez, aunque vertiendo le viera, los lagrímones como el puño. No; otros medios mas seguros, tomaré para corregirle, y eso será, porque me lastiman Quintina, y sus hijos tiernos, que él:--bribon. Vaya que me ha sofocado de lo bueno, con el chasco.

Camina ácia la derecha, y sale por ella Leonardo.

Leon. Donde diablos le hallaré:-- mas Don Anselmo: ahora me espeta un sermon de hora y media.

Ans. El es; no puedo contenerme. Ciertamente que teneis un modo bueno de cumplir vuestras palabras, Leonardo.

Leon. Yo:-- sí:-- no encuentro que decirle.

Ans. Bien pudierais haber hecho mas aprecio de mis años, quando no de mi noble ofrecimiento, y no dexarme plantado como un babieca, alla dentro esperando. He, no son esas partidas de caballero, señor Leonardo. A mí nada me importa, que os echeis ciego en un pozo de cabeza. Loquead, malgastad el tiempo y el dinero; que á bien que nada gastaís mio: pero

usad mas formalidad
quando trateis con los viejos.

Camina pausadamente ácia la derecha.

Leon. Oid, Don Anselmo.

Ans. Qué?

Leon. A ver si con esto puedo
desenjarle.

Ans. Decid.

que voy de priesa.

Leon. No quiero
que ignorante de la causa
hagais tan baxo concepto
de mí. Delante de vos
me dió, si mal no me acuerdo,
Quintina, una caxa.

Ans. Así es.

Leon. Pues sabed que lo que dentro
encerraba, era una cruz
de diamantes; (nada quiero
ocultaros) por no haber
en el día otro remedio,
para el gasto mas preciso,
pensé venderla, y viniendo
por casualidad, Claudino,
que es quien otras veces me ha hecho
igual favor, le rogué
que buscára algun dinero
sobre ella: mas como urgia,
y yo, la verdad, no tengo
mucha confianza de él,
salí á acompañarle; pero
creyendo que no formarais
tan amarga queja de ello.

Ans. Y qué es de la cruz?

Leon. En tanto
que fuí yo, á ver si un Platero,
amigo mio, queria
entrar en ella, fué el mesmo
Claudino, por otro lado
á ver si acaso un Prendero
le queria dar sobre ella
por el pronto veinte pesos.

Ans. Leonardo, sentiré mucho
que no habeis en todos tiempos
la verdad con un amigo
que os quiere bien.

Echando mano al bolsillo,

Leon. Surtió efecto
la treta.

Ans. Aquí están los veinte
le dá una moneda.
pesos: recoged la alhaja,
y volvedsela al momento
á Quintina. Haced la lista
que os dixe, que yo iré luego
por ella.

Leon. Oh, amigo, cómo
os pagaré lo que os debo?

Ans. Teniendo juicio, y mudando
de conducta.

Leon. Yo os lo ofrezco.

Ans. Lo creeré quando lo vea.

Vaya, á Dios. *vase por la derecha.*

Leon. Qué Don Anselmo
tan bonazo! Qué trágó
el embuste! Lo que temo
es, que no me vuelva á hablar
si sabe que he hecho dinero
la cruz, y el caso es que no hay
en el día otro remedio
para salir del apuro
del cabriolé, que es primero
que todo. Pero aquí viene
Claudino. Chico, se hizo eso?

*Vá á encontrar á Claudino que sale
por la izquierda.*

Claud. Qué he de hacer, si no hay que
un peso duro de empeño
sobre ella.

Leon. Por vida de...

Claud. Mira, mira como vengo
de sudor. En quatro partes
he estado, y al fin me vengo
como fuí. Solo un Francés
me dixo, que si su dueño
queria venderla, él
la compraría.

Leon. Pues, necio,
por qué no se la has vendido?

Claud. Vendersela yo? Primero:
Bribon: mil doscientos reales
se puso á ofrecirme. Creo
que si no me tiene Dios
de su mano, allí le estrello
contra el mismo mostrador.

Leon. Muy poco es.

Claud. Tres mil lo menos vale, arrojada á la calle.

Leon. Si diera mil ochocientos:::

Claud. No seas loco, aunque diera los dos mil. Yo por lo menos no la vendo. Ladronazos, logreros: luego que elieron necesidad, empezaron á poner quatro mil peros á la alhaja. Si era chica; si era antigua; si era bueno el oro: si los diamantes eran blancos ó eran negros; y yo apuesto á que si dan como con frecuencia vemos mil y quinientos, la venden por tres mil.

Leon. Yo te lo ereo.

Claud. Canalla: no han de lograr la suya: toma, al momento guarda esa joya, y en tanto que no te la paguen, quieto, que para abrassarla, chico, siempre ha de sobrarle tiempo.

Leon. Pero hombre, si me hace falta el dinero.

Claud. Buen remedio, pedir á un amigo.

Leon. A quién?
si yo el único que tengo es Don Anselmo, y á ese le saqué estos veinte pesos ahora?

Claud. Bravo, los diez se quedarán, si yo puedo, dentro de un rato en la fonda. Pues qué mas quieres? con ellos y lo que tú tengas, basta para la cera, y los ciegos esta noche. No seas tonto, los que quisieren refresco, que se vayan al pilon de la Cibeles. Llevemos para nuestras conocidas unos dulces, y laus Deo.

Leon. Todo eso está bueno, mas si supieras tu el empeño

en que me hallo.

Claud. Antes que tú: quál chico? disimulemos.

Leon. Qué no quiere ir la Rita al baile sin cabriolé?

Claud. Hombre, es cierto, que si le llevan las mas, como es regular, contemplo, que no es honor tuyo; que ella vaya sin él.

Leon. Pues por eso es el apuro.

Claud. Ya estoy:

pero con todo no apruebo que vendas tan malamente esta alhaja: yo á lo menos no he de intervenir. Ahí la tienes, tú como dueño haz un sayo de tu capa, que yo Leonardo, no quiero cargos de conciencia.

Leon. Hombre, si no se halla otro remedio.

Claud. Mas vale que quedes mal con Rita.

Leon. Oh! No; primero: me vendiera yo.

Claud. Eso es lo que se quiere. Yo mesmo te disculparé.

Leon. Claudino no te canses; que yo quiero llevarla hoy el cabriolé, pues de otro modo no puedo premiar su desinterés.

Claud. No le sabes bien. Sí, eso es verdad, que vale un mundo esa muchacha es muy cierto. Pero hombre, no es compasion haber de dar á esos perros una alhaja como esta por tan poquísimos precio?

Leon. Qué compasion ni que droga.

Claud. En fin:: vaya, yo no quiero saber nada. Ahí la tienes, y allá te las hayas.

Leon. Bueno: no me dexabas en mal

apuro para mi génio.

Vaya, guárdate la alhaja,
y sino puede tu ingenio
sacar algo mas, la puedes
dar en los mil y doscientos.

Claud. Ah pobrete que te clavás. *ap.*
Hombre, yo::

Leon. Claudino haz esto
por mí, y á Dios, que despues
en el café nos veremos.

Claud. Malo. Pues dónde vas tú?

Leon. A casa.

Claud. Has perdido el seso? *mirando el*
las dos: toma, ya en tu casa *(relox.*
hará una hora por lo menos
que han comido. Mira, vamos
á la Fonda, y echaremos
dos tragos á la salud
de el vegete D. Anselmo.

Leon. Hombre, si tengo por fuerza
que ir á casa.

Claud. Digo, hablemos
claro Leonardo, si lo haces
por no convidarme, aún tengo
yo un par de duros aqui
para un amigo.

Leon. No es eso,
sino que ::-

Claud. Dexa disculpas,
y vamos.

Leon. Mañana iremos.

Claud. Si ha de ser hoy.

Leon. Hombre ::-

Claud. Vamos,
y será el dia completo.

Leon. Vamos hombre, pero cree
que me haces mala obra.

Claud. Luego
puedes ir, mientras yo voy
á por los mil y doscientos
del pico. No tardaré *ap.*
en volver, pues conociendo
lo mismo que ha sucedido,
traigo conmigo el dinero
para comprar yo la alhaja,
y venderla á doble precio
mañana.

Leon. Si mi Quintina *ap.*

tendrá que comer? Mis tiernos
hijos ::- *como suspendido.*

Claud. Suspensio ha quedado:
no sea, si me detengo,
que se arrepienta. Leonardo
vamos, y arda troya.

Leon. El pecho
me traspasa este discurso. *ap.*

Claud. Vamos, y como encontremos
al paso alguna fragata
de aquellas, cuyo gracejo
cura tus melancolias,
á remolque me la llevo
ácia la fonda, y verás
que bromazo tan completo.

Vanse por la derecha, y se dá fin
al acto.

ACTO SEGUNDO.

El aposento de la casa de Leonardo.
Lucia junto á los bastidores de la
izquierda haciendo labor.

Luc. Mi amo no debe acordarse
que tiene muger, é hijos,
ó piensa que se mantienen
del ayre; pues aunque ha visto
que ni habia que comer,
ni con que traerlo, se ha ido
esta mañana, y no ha vuelto
todavía: qué presidio!
ó que trabucazo, á quatro
pasos, por no errar el tiro!

Sale D. Ans. Qué aplicada estás Lucia!

Luc. Si, señor, harto me aplico,
pero el caso es que no medro.

Ans. Qué mala eres! vé, y da aviso
á tu amo que estoy yo aqui.

Luc. A quién? *con bufonada.*

Ans. A tu amo.

Luc. Y digo, *levantándose.*
dónde está ese caballero?

Ans. Qué, tan temprano ha salido?

Luc. Primero será que á casa
haya vuelto.

Ans. Qué, no vino
á comer?

Luc. Está en venir. *con ironía.*

Ans. Se puede dar menos juicio
que el de este muchacho? y yo
tan fatuo : - vaya , mas niño
soy que él , pues así me dexo
engañar. Y habeis comido
vosotras? di la verdad.

Luc. Sí , señor. *como avergonzada.*
Ans. No mientas.

Luc. Digo
que si : ello fue algo tarde,
pero por fin ya comimos.

Ans. Y tu ama?
Luc. Estará allá dentro
llorando , que es su exercicio
continuo.

Ans. Llorando? *con admiracion.*
Luc. Toma,

yo no sé como podridos
no tiene los ojos ya
de llorar.

Ans. Por qué motivo?

Luc. Por los gustos que la dá
mi buen amo.

Ans. Me lastimo
de la pobre. Pues qué hay?

Luc. Qué ha de haber, que es un perdido,
Volviendo la cabeza frecuentemente
acia la izquierda.

Señor , claro : aqui nos tiene
todo el año en un continuo
cuidado. Se vá , y en quatro,
y cinco dias seguidos
no le volvemos á ver
el pelo , ni nos dá aviso
de donde está ; de manera,
que mi ama y yo no dormimos
una noche , contemplando
lo que le habrá sucedido.

Ans. Pobres : vaya , yo me aturdo
de ver su abandono. Digo
que está el mundo muy trocado.

Luc. Lo peor es : - si habrá salido
mi ama ? esperad un instante
iré á ver que hace. *Vase por la iz-*
(quierda.

Ans. En el siglo
pasado , señor , habia
mozuelos de poco juicio,
y hacian sus muchachadas

tambien ; he yo no me admiro:
pero este relaxamiento : -
vaya , yo me escandalizo.

Sale Luc. No lo dixe ? como puños
tiene los ojos. Y digo,
qué adelanta ? aniquilarse,
y consumirse , que en cinco
meses escasos , está
que no es su sombra : y el niño
lo hace peor de cada dia.
Si á lo menos , el indigno,
nos dexára que comer : -

Ans. Pues qué , no lo hace? *admirado.*

Luc. Sí ; ha habido
dia que : - sale mi ama? *sobresal-*
Ans. No. *(tada.*

Luc. Es que lo primerito
que me encarga es , que no os diga
lo que pasa : y como á oirlo
llegára , pobre de mí.

Ans. Yo estaré alerta.

Luc. Pues digo
que hubo dia en que ni mi ama
ni yo , ni el pobre Jacinto,
nos hemos desayunado
hasta las quatro ó las cinco
de la tarde ; y eso es
porque yo misma he salido
á buscar seis ú ocho reales
prestados.

Ans. No puedo oirlo
sin horrorizarme. Y dí,
necia , por qué no has venido
á mí en tales ocasiones?

Luc. Porque mi ama no quiso
que fuera.

Ans. Es honrada , y corta
de genio , yo no me admiro.
Y hoy , cómo os habeis compuesto?

Luc. Hoy ? bien. *como avergonzada.*

Ans. Pero con qué arbitrio?
pues sé que no habia un quarto
en casa.

Luc. Quien os lo dixo?

Ans. Tu amo.

Luc. Aun por eso , por no
ayunar hoy , no ha querido
venir.

Ans. Dime la verdad,
quién os sacó del conflicto?

Luc. Nadie. *con disimulo.*

Ans. Dimelo.

Luc. Señor,
yo, que empené un jubon mio
en la tienda.

Ans. Me parece
muy bien, que hayas redimido
la necesidad de tu ama
á tu costa. Me contristo
de oirla.

Luc. Pero es el caso,
que todos esos arbitrios
se acabaron: pues los pocos
trapos, que tenia mios
están empeñados ya.

Ans. No te aflijas, que yo mismo
cuidaré de todo. Voy
á ver á tu ama. Un prodigio
es la Lucia. *entrando por la izq.*

Luc. Si no
se queda la oferta en dicho,
no estamos mal: Pero aquí,
el general de los Pillos
viene, si yo no me engaño.

*Mirando á la derecha, por donde
saldrá Claudino.*

Si: qué grillete tan lindo
se pierde! *sentándose.*

Claud. Qué hay, Luciguela?

Luc. Mucho, y muy mal repartido.

Claud. Y qué se dice de nuevo
por acá?

Luc. Que hay en presidio *con intenc.*
mil vacantes, y que van
buscando, con todo ahinco
para proveerlas, hombres
de mérito conocido.

Claud. Qué taimada eres!

Luc. Un poco;
pero aun hay en el corrillo,
quien me gana.

Claud. Seré yo.

Luc. Eso es lo que yo no he dicho.

Claud. Viva la chuscada. Sabes
que desde este instante mismo,
te voy queriendo unas miajas?

Luc. Sabe vm. que se lo estimo
muy poco?

Claud. De veras?

Luc. Pues.

Claud. Venga esa mano de amigos
por la claridad.

Luc. Miz, miz.

Claud. Qué haces?

Luc. Llamar al Gatito
que la tendrá mas suave.

Claud. Qué fina eres!

Luc. Me lo han dicho *con secalabra*
Vaya, viene vm. á verme
á mí, ó á mi ama? Prestito.

Claud. A las dos.

Luc. Pues voy á entrar
recado. A qué habrá venido
este truan? *entra por la izquierda*

Claud. Qué sacudida
es la chica! No es el hijo
de mi madre, quien con ella
se ha de andar en silogismos,
no. Mas ya sale Quintina.
Por la derecha Quintina.
Madama, nada soy mio
por ser todo vuestro.

Quint. Besos
la mano, señor Claudino.

Claud. Es posible que una dama
de un mérito distinguido,
pase la flor de sus años
en este rincón? Pues digo,
qué guardais para la triste
senectud?

Quint. Señor, Claudino:
la muger, que como yo
tiene á su cargo el preciso
gobierno de su familia,
prefiere á todo el retiro
de su casa, pues en ella
tiene cuidados distintos
que la llaman la atencion.

Claud. Madama, ese un delirio,
y es apartarse en un todo
del venturoso camino
que siguen las damas cultas
y sabias, en nuestro siglo
ilustrado. Que esclavicen

los cuidados que habeis dicho á una menestrala, pase: pero aquellas que han nacido entre sedas y brocados, han de oscurecer los brillos de su grandeza, entregadas al odioso mecanismo de cuidar si se recose, si se plancha, si los hijos rezan, si estudian, ó están los criados divertidos? Ese cargo es solamente propio de un criado antiguo, y quando mas, de una madre ó suegra, que en los lúcidos concursos, no sirven ya mas que de estorvo prolijo. Las lozanas hermosuras han de gozar los festivos ratos de la sociedad, haciéndola con su hechizo, mas grata á los hombres, pues si hicieran todas lo mismo que vos, pobres mozos; todos viviríamos aburridos.

Quint. Podrá ser muy acertado quanto hacen las que habeis dicho; pero yo prefiero á todos los pascos, mi retiro. Sin embargo, algunas veces saliera, si los continuos que haces de mi Leonardo, le permitieran venirnos á acompañar.

Al paño D. Ans. Aun está aquí: á qué habrá venido?

Claud. Pues qué, sin él no podeis salir?

Quint. Sí; pero imagino que en una muger casada no puede ser muy bien visto salir sola, y menos sin licencia de su marido.

Ans. Qué juicio!

Claud. Qué disparate tan gracioso! pues qué, digo, os la pide él para ir donde quiere? Ese delirio,

es el que esclaviza á muchas mugeres. El alvedrio ha de ser libre en entrambos: vos debeis hacer lo mismo que él, y vereis que aunque un poco se resienta en los principios, á pocos dias se hace el cargo que otros maridos. Si él sale, salid: si él se divierte, divertios: pues sino, vais á secaros en quatro dias.

Ans. Qué dignos consejos!

Claud. El gasta, él triunfa, va al teatro de continuo, frequenta el paseo, tiene sus bayles, no hay requisito que no busque para estar todo el dia divertido, pese á mí, pues por qué causa no habeis de hacer vos lo mismo?

Quint. Porque el pundonor impone á la muger otros grillos que al hombre.

Claud. Esa boberia vuestra, pierde á los maridos; y os hace á todas vivir en un perpetuo martirio. Ven en sus tontas mugeres mucha humildad, mucho mimo: se engrien con esto, y creen que gozan un despotismo sobre ellas. De aquí dimana que ellos viven distraídos, y ellas encerradas siempre con tal miedo á los maridos, que ni aun respirar aciertan sino les piden permiso. Se cansan de ellas, y toman un pasatiempo nocivo, en que malgastan el tiempo y aun los bienes de sus hijos y mugeres, confiados en que éstas han de sufrirlo por fuerza. Tontas, si todas mostráran en un principio los dientes, y procuráran



hacer en todo lo mismo
 que ellos, ellos se abstendrían
 de muchas cosas. Me explico,
 Madama? pues este carro
 os coge desde los mismos
 pies á la cabeza. El buen
 Leonardo ha prevenido
 á costa suya, un gran baile
 para esta noche: consigo
 llevará á su Ninfa hermosa
 muy ufano, y muy tranquilo;
 y por qué? porque ve, que
 aunque vos lo habeis sabido
 callais y sufrís, y en tanto
 que él está allí divertido;
 sabe que os tiene segura
 en casa. Este gasto, digo,
 y el de un cabriolé, que acaba
 de regalar á su hechizo
 para este baile, decidme,
 á costa de quien ha ido?
 A la vuestra, que no solo
 no os vengais de sus desvíos,
 sino que le dais alhajas
 para seguir sus caprichos.
 Amiga, esa es demasiada
 paciencia; y aunque es mi amigo,
 no quiero disimularos
 sus excesos. Vos, clarito,
 tenéis la culpa de todo.

Quint. Y es?

Claud. Que vos mudeis de vida.

A vos no os falta atractivo
 para cautivar al hombre
 que os haya mas complacido
 entre quantos conoceis.
 Con él, pues, á divertirlos
 salid, frequentad con él
 los paseos: de continuo
 presentaos en los teatros,
 y aunque os costase el fingirlo,

dad á entender que le amais
 tiernamente, que yo fio,
 que en oliendolo Leonardo,
 ha de venir mas mansito
 que un cordero en busca vuestra.
Quint. Se puede dar mas indigno
 caracter!

Ans. Bribon, no sé
 como tanto me reprimo.

Claud. Este, Madama, es el modo
 mas cierto de corregirlo.
 Si os detiene el no saber,
 de quien fiar un designio
 tan delicado, yo ofrezco
 en este empeño servirlos;
 aunque sienta, el saber que
 vendrá á ser vuestro cariño
 aparente, que no es poco
 dolor, para quien tan fino
 y verdadero os le tiene
 dias ha, y :::-

A un tiempo Quintina y D. Anselmo
saliendo por la izquierda.

Los 2. Basta.

Claud. Qué miro!

Don Anselmo.

Ans. Basta, hombre
 seductor y mal nacido.
 Perdonad, señora, si
 qual fuera el agravio mio,
 y no vuestro, ya que no
 á castigarlo, á reñirlo
 me propaso. Decid, mozo
 perverso, qué mal os hizo
 la virtud de aquesta jóven,
 que con disfraz tan no visto,
 con cautela tan infame,
 con pretexto tan indigno,
 tan de mano armada, hoy
 contra ella habeis venido?
 No os basta, no os satisface
 el haber ya corrompido
 con vuestros abominables
 consejos, con vuestros vicios
 enormes, á su inocente
 y poco cauto marido,
 sino que aspirais tambien
 á perder con artificios

el recato de su fina
esposa? No os entenece
verla en un llanto continuo
por vuestra causa, sino
que á aumentarla habeis venido
sus penas, con esa viva
pintura, de los desvios
de Leonardo? Con que, para
apartarle á él de sus vicios,
aconsejais á su esposa,
que se entregue ella, á los mismos?
he salid de aqui mal hombre,
si no queréis que impellido
de mi honradez, pase á hacer
con vos algun desatino.

Claud. Embaine vm. Seor Carranza,
no se pierda por tan chico
pleito, pues una vez que
está ya el caso entendido,
no volveré á darle zelos.
Vaya, Madama, ya he visto,
por qué estabais vos tan seria
y circumspecta conmigo:
qué habiais de hacer, si estaba
Diógenes escondido?
Al menos, para aliviar
las ausencias de mi amigo
Leonardo, un mueble estupendo
habeis por cierto escogido:
ochenton, y con mas lacras
qué el potro de Valdobinos.
Quint. No seais tan insolente
y mala lengua Claudino.

Ans. Mi espada sabrá:-
Quint. Tencos.
Don Anselmo queriendo sacar la es-
pada, y Quintina deteniendole.

Claud. No os altereis, que en mi juicio
se dexó la llave en casa. *con bufonad.*
Vaya, reñid á ese niño,
y que sea para bien
el nuevo empleo. *vase.*

Ans. Atrevido, *en acto de seguirle.*
espera, verás si yo
te enseño en lo sucesivo,
á respetar mas las canas.

Quint. Di, Anselmo, yo os suplico de-
que os sossegais por ahora *(temiendole).*

pues importa al honor mio.

Ans. Si haré, Madama, mas yo
le aseguro al tal Claudino,
que me las ha de pagar
bien pronto.

Quint. Vuestro peligro
mirad.

Ans. No temais, que el medio
que para ello me ha ocurrido
es seguro. Vos, señora,
jamás sigais el camino
que os mostró ese vil, ni menos
os afligais, que yo fio
que tengamos muy en breve
á Leonardo corregido,
quieto, y poseedor de un bien
que no pensais. Vaya, idos
á cuidar de los muchachos
con un ánimo tranquilo,
que yo voy á dar un paso
importante á mis designios,
y volveré á daros cuenta
de lo que haya.

Quint. El cielo mismo
guie vuestros pasos, y oiga
piadoso los ruegos mios.

vase por la izquierda.

Ans. Si hará. Cierito que es muy digna
de compasion: su marido:-
vaya que es fatal: No hay mas,
á costa de mi bolsillo
la ha comprado el cabriolé.
Cierito que soy muy bendito,
lo conozco: pero ochavo
me vuelva yo, si otro mio
vuelve él á ver: no; á las tres
va la vencida. Pues digo,
el confidente: bribon,
decirme á mí en mis hocicos,
que tenia yo mas lacras
que el potro de Valdobinos:
Vaya, que quando me acuerdo
de esto, me entra un sudor frio.
Como llamarme ochenton
el mocoso, y no he cumplido
los setenta y dos. No, yo
he diré; quantas son cinco. *vase.*

Aposento mas largo de la casa de Ri-

ta, con varios taburetes al frente, y sentados sin orden, á un lado Dionisto y la Poncha: mas allá Narciso templando una guitarra, y al otro lado, la Curra hablando con Perico.

Dion. Pues Ponchilla, no tengamos camorra luego. Ya he dicho que no me gastes parola con naide. Baylar conmigo no mas: sentarte á mi lado, y si va á ocupar mi sitio alguno, mientras yo voy á cehar un cigarro, chito, y jopo á otro lado. Estamos?

Ponc. Ya estamos.

Per. Oyes, Narciso, se acabará de templar esa guitarra?

Narc. Maldito sea el bordon.

Per. Trae, á ver si yo la arreglo.

Cur. Sí, chico, que ese está muy poco diestro en templar guitarras.

Por la izquierda Claud. Digo muchachas, mientras se hace hora de ir al bayle prevenido, no se pierda el tiempo. Vamos, fuera mantillas. Narciso, cantá unas boléras tñ, y que las baylen Dionisio, y la Curra.

La Curra levantándose, y dexando la mantilla.

Cur. Si por mi no llueve, agua Dios.

Claud. Pues chico fuera capa, y arda Troya.

Dion. Si ha de ser, saco mi ruido, poniéndose las castañetas. por lo menos templaremos este cuerpo empedernido para despues.

Per. Viva un hombre.

Narciso canta una seguidilla, Dionisio y la Curra la baylan, y al

acabarla sale Rita, vestida lo que pudiere de maja.

Todos. Bien.

Per. Y bien parados, chicos.

Claud. Plaza, que sale la reyna de las mugeres.

Rit. Lo he visto.

Claud. Y apuesta, chica, que es de lo mas crudo y reñido.

Rit. Estoy, pues.

Ponc. Mira, como esta peineta, es la que yo digo.

Cur. Quanto cuesta?

Rit. No lo sé.

Per. Preguntarselo al amigo Leonardo.

Rit. Mi mayordomo

paga, y trae: yo recibo, y nunca pregunto el coste.

Cur. Fachenda, y no habrá comido quizás.

Narc. Se bayla, ó que se hace?

Per. Sí, sí, vaya otro poquito de tentacion.

La Rita se sienta junto á la Poncha, y acabados los siguientes versos, repiten las seguidillas antecedentes.

Ponc. Y Leonardo?

Rit. No sé.

Ponc. Pues qué, habeis reñido?

Rit. No por cierto.

Ponc. Y que tal, suda?

Rit. Poca cosa.

Ponc. Pues amigo, mudanza de tiempo.

Ahora baylan, y al acabar llaman á la puerta.

Rit. Ve

á abrir, que llaman, Perico.

Claud. Este es Leonardo.

Per. Le habremos de recordar lo ofrecido, ántes que se mude.

Vase por la derecha.

Claud. Oyes, echale como al descuido alguna indirecta, á ver

si nos lleva algun poquito
de ambigü para esta noche.
Narc. Dice bien, chica, al caído
darle un repujon.
Sale Per. Por tí.

á Rit.

pregunta, un Don Calainos,
y dice, que quiere hablarte
dos palabras.
Claud. Que entre chico, *vase Per.*
y si es algun pretendiente,
verás como nos reimos
un rato.

Rit. Pero hombre:—
Claud. Qué?

ardará en zelos el niño
de casa, si viene, he? mira
que malo.

Sale Perico, y despues Don An-
selmo.

Per. Entre vm.

Claud. Qué miro?

Don Anselmo es; si vendrá *ap.*
á sacarme á desafio? *con bufonada.*

Ans. Aquí está esta buena alhaja;
reparando en Claudino.

vaya, ya me ha removido
todo el humor. Lo ochenton,
no, no lo echo yo en un siglo
del cuerpo. Muy buenos días,
Señores.

Claud. Calleemos chicos.

Hacen que hablan unos con otros, sin
mirarlo.

Rit. Qué es lo que á vm. se le ofrece?

Ans. La atencion que usan conmigo *ap.*
me ha gustado. Es vm. la ama
de este quarto?

Rit. Y del cortijo.

Ans. Quisiera hablar con vm.
dos palabras.

Rit. Hable cinco
y le oirémos.

Ans. Quisiera
que fuese á solas.

Rit. Ay hijo,
tengo miedo de estar sola
con un hombre.

Ans. Ya lo han dieho

las señas.

Rit. Si viene vm. *con bufonada.*

con pretension de marido,
digalo, y por de contado
no habrá que buscar testigos.

Ans. Sudando estoy ya de verme
entre esta gente metido. *ap.*

No señora, no me trae
tan ridículo designio,
sinó el de pedir á vm.

se duela de el excesivo
dolor, con que hace vivir
á una muger, desde el mismo
instante, en que en esta casa

puso los pies su marido.
Leonardo, señora, ciego
por vos, ni se acuerda de hijos

ni de muger. Mis consejos,
y paternales oficios,
no bastan á retirarle

de vuestro trato. No digo
que este sea malo, pero
es el que le ha distraído

de aquellas obligaciones:
y aunque su muger es fijo
que con haber dado quexa

á un Juez, hubiera podido
remediar este desorden,
tiene demasiado juicio,

y no ha querido causaros
este pesar, sin pedirnos
antes, que vuestra prudencia

dé á su desconsuelo alivio,
con el oportuno medio,
de no dar á su marido

mas entrada en vuestra casa.
Esto es lo que yo os suplico
en su nombre, confiado

en que vendré á conseguirlo,
si vos prudente, advertida,
honesta, y de un compasivo

corazon, reflexionais
el estado triste y digno
de lástima, de una joven

que conoce los desvios
de su esposo, y está viendo
que por pagar el cariño

vuestro, ni atiende, ni paga

el suyo, y el de sus hijos.

Rit. Ha, ha, vaya que es graciosa.

la embaxada; ha, ha: chicos

con una risa descompasada.

no la celebráis?

Tod. Ha, ha, con mofa, sin mirarle.

Ans. Habrá canalla.

Rit. Ha: digo, con bufonada.

es vm. procurador,

de esa señora?

Ans. Su amigo

soy no más.

Rit. Pues dígala,

que podía haber tenido

á mucha honra, que viniese

á mi casa su marido:

pero que si tiene celos,

que le ponga un par de grillos,

ó le ate al pie de la cama,

que yo aunque no necesito

sus visitas para nada,

no tengo hasta ahora motivo

para desairarle.

Ans. Ved,

que quizá podréis sentirlo.

Rit. Ha, ha, ha.

Todos. Ha, ha.

Ans. Estoy por:-

vaya yo me precipito

sino me voy.

Claud. Don Anselmo,

no hagáis caso de estos chicos,

que son muy malos.

Ans. Bribon. caminando ácia él.

Per. Dexale.

Dionis. y las 3. Ha, ha.

Per. Abuelito,

no se formalice vm.:

vaya, seamos amigos,

y venga acá baylará

unas boleras.

Curr. Conmigo,

conmigo.

Ans. Yo, y yo os daré

las boleras. Vase por la derecha.

Per. Orrió, digo.

Siguiéndole.

Narc. Vuelve vm.?

Claud. Oyes, cuidado

no haga aqui algun estrupicio,
si echa mano al asador.

Per. Vaya, va tan aturdido el buen señor, que no encuentra por donde salir.

Rit. Pues vino

con bellísima embaxada,

para mi genio. Perico

pues va anocheciendo ya,

dame el cabriolé. Vase Perico por la izquierda.

Claud. Esto es irnos,

segun las señas.

Rit. Andando.

Narc. En verdad que nuestro amigo

Leonardo pudiera haber

tomado un coche.

Cur. Lo mismo

digo yo, pues ya se sabe

que el mas pobre oficialillo

de Sastre, le toma quando

dá, un bayle.

Rit. O, es muy cumplido

el muchacho.

Sale Perico con el cabriolé y la mano

lla: lo toma Claudino, y se lo da

poniendo á la Rita.

Dion. Hombre quién sabe

si tendrá el pobre cumquibus.

Claud. Aún quedan unos quartejos,

segun tengo yo entendido.

Narc. Mas serán para los ciegos.

Claud. Eso ya está en mi bolsillo

asegurado, rato hace.

Per. Bien hecho.

Claud. Bobo es el niño,

para que se le pegase

el gasto del baylecito

á las costillas: no, ya

estamos solventes.

Per. Chico,

no ha habido algun pesoduro

de pico, para frasquillos?

Claud. Qué, soy yo tan miserable,

que teniendo hoy á mi arbitrio

el bolsillo de un garboso,

no habia de haber subido

la cuenta algo mas, por si

se ofrece hacer un cumplido?

Per. Bien, viva un hombre.

Cur. Oyes, chica,
está el cabriolé exquisito,
y quanto?

Rit. No sé: tres onzas
le di esta tarde á mi primo,
no sé lo que le ha sobrado.

Per. Sobrar? dexa: veinte y cinco
reales y medio que yo
añadí de mi bolsillo.

Cur. Con su medio y todo.

Per. Toma,
capáz es de haber partido
un maravedí por medio,
el tal Manguitero.

Claud. El niño,
¿quál sabe su obligacion!

Rit. Pues, señor, ya estamos listos.

Quedate tú, y si viniese,
dile: - á *Perico.*

Claud. Que nos hemos ido.

Per. Y si se enfada?

Rit. Tendrá
dos trabajos.

Claud. Muy bien dicho.

Rit. Vamos, chicas.

Per. Está bien:

vaya, hasta luego. *Cludino*
cuenta, que no se te olviden: :
ya entiendes.

Claud. No, yo lo fio.

Parten todos por la derecha. Noche:
aposento corto de la casa de Leonar-
do. Al levantar el telon, llaman á la

puerta, y sale por la izquierda
Lucia con luz.

Luc. Ya ván; señor, y qué prisa.

Hace que abre, y sale D. Anselmo.

Ans. Lucia, y tu ama?

Luc. Ha salido
poco ha.

Ans. Lo siento: y no sabes
dónde fue?

Luc. Nada me dixo.

Ans. Ni sabes si tardará?

Luc. Tampoco.

Ans. Vaya, este chico
me hará perder la chaveta.

Pues yo no me determino
á volver á la tal casa:

no por cierto: un tabardillo
creo que tengo yo acuestas
desde entonces: sí: bonitos
son los muchachos: pues ellas:
vaya á qual peor: y es preciso
avisarle; ese es el caso,
pues sino: : por San Longinos
que no sé que hacer.

Habrá estado observandole Lucia con
alguna sonrisa.

Luc. Qué estás
pensando?

Ans. Acá estoy conmigo
ajustando cierta cuenta.

Con que tú no has presumido
dónde ha ido tu señora?

Luc. Señor, lo que es presumirlo,
sí: pues luego que os marchasteis
empezaron los dos niños
á pedirnos pan, y como
no lo habia, y mi bendito
señor, no tenia traza
de venir, me dió al proviso
mi ama una sabana nueva,
para que al instante mismo,
fuera sobre ella á buscar
pan y aceite; pero quiso
patillas, que ni uno ni otro
hallase, habiendo corrido
ceca y meca. He, aqui empezaron
á levantar mas el grito
los muchachos, y la madre
á llorar: yo no me admiro,
porque eran capaces de
quebrantar los angelitos
á las piedras. Yo no soy
zalamera, mas de oírlos,
empecé á llorar, de modo: :
vaya me hubiera vendido
por remediarlos.

Ans. Ah pobre,
qué afligida se habrá visto! *ap.*

Luc. Ya, al fin, harta de llorar,
y tan mala, que os afirmo
que no podia tenerse,
salió poco ha con Jacinto,

y sin duda en busca vuestra.

Ans. Puede ser: voy, voy prestito.
hace que se vá; y vuelve.

á ver si la encuentro: pero
no, no; el hombre prevenido

vale por dos: sí, mejor

sacando el bolsillo.

será: mira, aquestos cinco.

dándola unas monedas.

duros, son para que saques

la ropa tuya que has ido

enpeñando: y estos dos,

para traer lo preciso

esta noche: pero mira,

que ni á tu ama has de decirlo;

entiendes?

Luc. Bien está.

Ans. Pues.

cuidado. *vase.*

Luc. De estos amigos

cerrando la puerta.

hay tantos como garbanzos

de á libra. Muchos he visto

que dan muy santos consejos.

á todos, pero el bolsillo

con quarenta nudos. Este

dá consejos y cum quibus,

y en vez de irlo pregonando,

como lo hacen infinitos,

me encarga á mí que lo calle.

Pero ya creo que el niño

está despierto; voy, voy

á ver si puedo dormirlo,

porque si no habrá clamor

para un rato muy cumplido. *vase.*

Noche. Teatro de calle: sale por la

derecha Quintina, con mantilla y

basquiña muy humilde conduciendo de

la mano á Jacinto.

Quint. Buen Dios, pues ves la afliccion.

y amargura en que me miro,

y que no tengo en la tierra

de quien esperar auxilio,

tú me socorre.

Jac. Allí hay

pan, madre, entrémos.

Quint. Ay hijo.

de mi alma! Ya no sé

cómo callarle.

Jac. No ha dicho

vm. que ahora iba á comprarlo?

Pues allí hay, que yo lo he visto.

Quint. Sí, calla, ahora iremos.

Jac. Madre,

pronto, que estoy muertecito

de hambre.

Quint. Sus voces traspasan

mi corazón. Ay querido

Leonardo, si aquestos ecos

llegaran á tus oídos!

Ah, si vieras el estado

de tu Quintina y tus hijos

como el es! Ah, si supieras

el fondo de su cariño,

y ternura! Ya no puedo

darte de él mas claro indicio

que éste. Voy á mendigar

por tu causa: sí, me humillo

á este exceso, sin quejarme

de que me pongas tu mismo

en tan triste estado, que es

la mayor prueba del fino

y firme amor que te tengo,

á pesar de tus desvíos.

Ven Jacinto mio, ven.

Caminando á la izquierda y sentándose

dose al umbral de una puerta, que

deberá figurar un bastidor.

sentémonos un ratito

á esta puerta, y si es que pasa

alguno por este sitio

pediremos que nos dé

para pan; pero hijo mio

no lo has de contar á padre,

no?

Jac. No, señora.

Quint. Le estimo

demasiado para darle

esta pena. Era preciso

que de vergüenza y dolor

se confundiera al oírlo.

por la derecha Leonardo.

Leon. Ah vil muger, qué mal pagas

mi ceguedad! con qué indigno

bailaba un minué, se ha ido,

y me ha dexado! Sin duda
estaria ya de aviso
con Don Pedro, y la ha esperado
en la calle: Si, mi mismo
sobresalto me lo dice:
pues ingrata, yo te fio
que no disfrutes ni un dia
tu nuevo amor. Yo ya miro,
que voy á perderme; pero
quien se ve ya tan perdido,
por creer en tus cautelas,
acabe este instante mismo
de perderse, por vengarlas:
sí, ya el respeto de hijos
ni muger han de librarte
el horroroso castigo,
que mereces: de tu sangre
beberé, y la de ese impio
por quien me dexas.

Camina como enagenado ácia la izquierda, al verle Quintina se levanta, y Jacinto le sale al encuentro.

Jac. Señor,
me dá ym. un pedacito
de pan?

Leon. Oh Dios, no es la voz
como sorprendido.

de mi adorado Jacinto!
Jac. Señor, que tengo mucha hambre,
y en mi casa no hay pan.

Leon. Hijo
de mis entrañas; tú en esta
situacion por mis delitos?
Jac. Madre, este señor no quiere
darme pan.

Leon. De un sudor frio
se cubre mi cuerpo. Alma,
si será la que aquí miro

Quintina? Pero yo sueño
sin duda: sí; este es delirio
de mi fantasía. El eco

tierno de mis dulces hijos
que continuamente está
sonándome en los oidos

me hace creer que es su voz
la que oigo.

Quint. Por Dios os pido,
que remedieis mi cruel

urgencia.

Leon. Piedad, Dios mio
que es ya muy fuerte este golpe
para mis fuerzas. Mi hijo
y mi esposa son. Ya es fuerza
para no ser conocido
encubrirme bien. Oh padre
el mas bárbaro que han visto
los tiempos! Oh virtuosa
Quintina! Oh pedazo digno
de mis entrañas! Vosotros
mendigando el dia mismo
en que yo expendo una suma
considerable, en nocivos
devanéos! No sé cómo,
no me confundo yo mismo
al acordarlo: no sé
cómo no muero oprimido
de mis culpas, al miraros
en un estado tan digno
de compasion, por mi causa.
Pero pues me he conocido,
aunque tarde, yo os ofrezco
desde aqueste instante mismo
tanto amor, como hasta aquí
visteis en mí de desvio.

Y tú, perversa muger,
que con arte tan indigno
me hiciste negar á entrambos
la ternura á que los hizo
acrehedores la misma
Saca una moneda y se la dá á Quintina.

naturaleza; tú impio
monstruo, que tan mal pagaste
mi ceguedad y delirio,
teme mi furor, pues si antes
iba contra tí ofendido
no mas, ahora voy tambien
de quererte arrepentido. *uas.*

Quint. Dios, que es el que puede, os
la piedad, que usais conmigo. (pague
Ay Leonardo, á todos hieren
nuestros ayes doloridos
menos á tí. Ven mi vida.

Jac. A comprar pan?

Quint. Sí, hijo mio.

Jac. Gracias á Dios.

Quint.

Quint. Quanto siento

asiéndole de la mano.

no haber aquí conocido

á el que socorrió con mano

generosa mi conflicto

para vivirle obligada

siempre; pero mis continuos

ruegos, pedirán á Dios *(derecha.*

le colme de beneficios. *vause por la*

Aposento de la Rita: ésta sentada al

tocador, en que habra dos luces, co-

mo quitandose la peineta.

Rit. Este sin duda es Leonardo,

que vendrá, á lo que imagino,

muy zeloso, y el pobrete

no sabe el chasco cumplido

que le espera.

Por la derecha Leonardo presuroso

con un puñal en la mano, y una luz:

entra por la izquierda, y sale obser-

vandole Perico, y Rita permanece

sin volver el rostro hasta los ver-

sos siguientes.

Per. No hay que hacer;

vamos, este perdió el juicio.

Rit. Qué es ello?

Per. Que sin hablar

una palabra, ha cogido

una luz, y registrando.

anda los mas escondidos

rincones con un puñal

en la mano.

Rit. Pobrecito,

le habrán picado los zelos

sin duda. Tú, de este sitio

no te muevas, y procura

hacer quanto yo te he dicho.

Per. Ahora que ya pillé el duro,

mas que carguen veinte y cinco

sastres con él.

sentandose.

Vuelve á salir Leonardo como pen-

sativo.

Leon. Zelos, zelos,

para qué, sino hay indicios,

me atermentais? Mas no pudo

ese hombre haber venido

con ella hasta aquí, y volverse,

viendo que era muy preciso,

que viniera yo á buscarla

al echarla menos? Digo,

que es muy posible: oh, que siento

no haber hallado el delito

patente para lavarle

con sangre de ambos.

Per. Lo dicho,

vaya, él está loco.

Leon. Dime,

quién ha venido contigo?

dexando la luz con secatura.

Rit. Yo.

Leon. Que quién te ha acompañado

Rit. El page, el caballero,

con bufonada.

el gentil hombre, y lacayos

de casa.

Per. No es mal principio,

que digamos.

Leon. Pocos chistes,

porque ya se me ha subido

el calor á la cabeza.

Rit. Dale unas friegas, Perico,

para que vuelva á baxar.

Leon. Tú buscas mi precipicio,

no es verdad?

Rit. Yo lo que busco

es, que vm. sin diferirlo,

se vaya y me dexé; claro.

Ya varias veces le he dicho

que no quiero que por mí,

ni su muger ni sus hijos

sean infelices. Yo

sé, que están en un continuo

pesar, porque vm. frecuenta

mi casa; sé por muy fijo,

que hace de nuestra amistad

en todas partes platillo,

hasta quitarme el pellejo:

y sé, en fin, que con sigilo,

está haciendo por perderme;

y yo por vm., amigo,

no quiero exponerme á un chasco.

Pues es vm. su marido,

viva con ella en buen hora,

amela, y ame á sus hijos

como debe, y no se acuerde

mas de mi nombre. Yo miro

que

que me costará la vida
quizás, este repentino
rompimiento: pero mas
quiero sufrir el martirio
de separarme de vm.
aunque su tibieza he visto,
que considerarle ageno
para siempre y: no, yo estimo
mas la muerte: es imposible
que yo mire con cariño
á un hombre, que otra muger
llama suyo, aunque sea mio.
En una palabra, yo
no quiero verle conmigo
ni un instante mas, y así,
si por lo que le he querido,
ha de hacerme una fineza,
vayase vm. al proviso
y no vuelva á verme. Esto
por última vez le pido.
Viva con quien mas que yo,
fue feliz, que este es el digno
modo de restituir
el descanso apetecido
á mi corazon, al suyo
su primitivo cariño,
y al seno de su familia
desventurada, el perdido
derecho á su amor, haciendo
renacer á un tiempo mismo
en todos, el bien, la paz,
la dicha, y el regocijo.
Leon. Ah cautelosa, que en vano
buscas esos coloridos
para disfrazar el fin
de tu mudanza! tu impío
corazon: no, ya conozco
sus engaños: tu designio
penetro tambien: mas léjos
de llorarlo, ni sentirlo,
léjos de desesperarme
como hice hasta aquí, te estimo
que me dexes: pues de modo
mi corazon han herido
tus traiciones, tus intrigas,
tus cautelas y desvios,
que han convertido en horror,
aquel amor ciego, fino

y criminal, que hasta ahora
te tuve: sí, yo lo afirmo
una y muchas veces: tiende
la red de tus artificios
en buen hora, donde caiga
al reclamo de tu hechizo,
otro incauto, como yo.
No temas, no, que á sentirlo
llegue, pues desengañado
de que son todos fingidos
tus alhagos, mentirosas
tus palabras, tu atractivo
pernicioso, y toda tú,
como muger, un abismo
de engaños, no solamente
de tu trato me retiro
con gusto; no solo ofrezco
no verte, pero aun te afirmo,
que si alguna vez, el triste
estado, á que me has traído,
me hiciere acordar de tí,
será, sí, yo te lo fio, para
aborrecer tu nombre
con potencias y sentidos.
vase por la derecha.

Rit. Alumbra á ese caballero,
chico.

Per. Aguardad un poquito,
señor Don Leonardo.
permaneciendo sentado.

Rit. Anda, hombre, no caiga de hocicos
con la terciana que lleva.

Per. A el que tiene su bolsillo
á oscuras, no le da luz
una acha de seis pavilos.

Rit. Quál va el pobre!

Per. Sí, no creo
que ha de tener mucho frio
esta noche.

Rit. Ya por fin,
de este estafermo salimos
mejor que pensé.

Per. En efecto,
muger, le has agradecido
completamente el regalo
del cabriolé.

Rit. Quien le ha dicho

que

que sea tonto.

Per. En fin, vamos

á cenar, que ya está listo
todo, y es lo que ahora importa.

Rit. Vamos, pues, que ya respiro
sin temer, uno de tantos
chascos, como han sucedido. *vans.*

*Aposento corto de la casa de Leonardo,
con un taburete junto á un bastidor de la izquierda. Quintina
por él con una luz en la mano.*

Quint. Al fin, pude con caricias
persuadir á mi Jacinto
que se acostase, y ya quedan
el uno y otro dormidos.

Lucía se recogió

Mirando por otro bastidor de la izquierda.

también, según exámino,
desde aquí. Pobre, qué había
de hacer, si pasó conmigo,
estas dos noches en vela?

demasiada ley he visto
en ella, para la que

se halla en otras. Las que he oído,
son las doce. No están tarde,

que no tenga algún resquicio
de esperanza, de que aun venga

mi Leonardo, y mas si ha ido
al bayle, que insinuó

el perverso de Claudino.

Creo que siento rumor
abaxo. Qué regocijo *con alegría.*

si fuera él! Sin embargo
de que encargué á los vecinos

de casa, que no cerrasen
la puerta, por si en olvido

lo echaron, y está Leonardo

Como escuchando, junto á los bastidores de la derecha.

llamando:: Nada percibo: *con senti-*
mento engaño: toda la casa *(miento.*

está en un sueño tranquilo,
según el silencio: quiero

sentarme ácia aquí, pues miro
que es de donde puedo oír

mejor, si es que llora el niño
ó llama Leonardo: solo

que si no busco un arbitrio,
para resistir el sueño,

temo dormirme. Yo he visto,
si no me engaño:: En efecto,

*Llega á un bastidor de la izquierda
y saca una calzeta empezada.*

aquí está: así resistirlo
podré mejor, y aprovecho
este rato.

*Se sienta junto á los bastidores de la izquierda. Por la derecha Leonardo,
do, con mucho silencio.*

Leon. Suerte ha sido

hallar la puerta entornada
no mas, pues con eso evito

dispertar á mi querida

Quintina. Sin hacer ruido

va á entrar, y se suspende.

entraré en mi cuarto: pero
corazon, no es la que miro

allí sentada! Oh virtud
desventurada! oh cariño

mal pagado! cuánto, cuánto
es tu proceder distinto

del mio! Qué poco, si,
qué poco se ha merecido

mi ingratitud, el cuidado
con que te tengo! Dios mio,

aparta de mi memoria
la amargura, en que yo mismo

he anegado el corazon
de esta infeliz. Mis delitos

conozco ya: no permitas
que muera yo aquí oprimido

de su peso, sin que al menos
la haga ver con mi excesivo

dolor, el constante y pronto
arrepentimiento mio.

Dexame morir siquiera,
regando con este vivo

llanto sus pies, si el rubor
y confusión, que á mi mismo

me causa el verla, me dexa
llegar. En vano me animo:

Camina con paso lento ácia Quintina.

Me estremece su presencia
cada vez mas. Mis desvíos,

mi abandono:: las palabras

que la he dado , y no he cumplido
hasta hoy , me avergüenzan tanto::
sí , ya no serán creídos
mis extremos : con razon
dudará de este imprevisto *suspen-*
diendose. arrepentimiento. Y yo
qué la diré ? Qué testigos
la presentaré en mi abono ?
Qué testigos ? los mas dignos
de fé : Mi amor , mis ternezas,
mis súplicas , mi continuo
dolor , en una palabra,
mi enmienda. Sí , yo me animo
á hablarla. Si ella perdona
mis desaciertos , Dios mio,
qué feliz seré !

*Mientras Quintina dice estos versos,
Leonardo llega sin ser visto , se ar-*
radilla , y con temor la coge la
mano.

Quint. Ya tarda
demasiado mi querido.
Leonardo , y yo voy perdiendo
la esperanza que he tenido
de verle. Ay triste ! Leonardo.
Al sentirse asir de la mano , como
asustada , y viendo luego á Leonar-
do , se arroja á sus brazos arrebatada , y permanecen sin hablar un cor-
to instante.

Leon. Quintina.
Quint. Qué haces bien mio ?
levanta. Oh Dios , qué ventura
tan no esperada !
Leon. Yo espiro *Caido el rostro sobre*
la mano de Quintina.

Quint. Ven á mis brazos,
qué esperas ? Yo pierdo el juicio con
de placer. Di , por qué lloras ? *agitac.*
no turbes el regocijo.
de mi alma. Habla , qué tienes ?
qué suspiras dueño mio ?
no tiembles : entre mis brazos
estás : respira tranquilo.

Leon. Ay Quintina , con mayor ternur.
Quint. Qué me quieres ?

tuya soy , sí , tuya he sido,
y seré , hasta que la muerte

acabe con el cariño
que te tengo , y nos separe
para siempre.

Leon. Mis delitos:: *avergonzado y sin*
Quint. Me amas tú ? *(mirarla.)*

Leon. Sí , pero::

Quint. Nada.

digas , pues , Leonardo mio;
que yo sabiendo que tú
no me aborreces , no aspiro
á saber mas. Tu amor solo
me hará feliz.

Leon. Te he ofendido
tanto::

Quint. No pienses en eso,
piensa solo en que me has dicho
que me amas , en que yo,
mi Leonardo , lo he creído,
y me doy por satisfecha.

Leon. Te amo tanto::

Quint. Alma , qué he oído?
me amas mucho ?

Leon. No merezco
que me creas. Te lo he dicho
muchas veces , y mis obras
despues te lo han desmentido.

Quint. No , no , yo he creído siempre
que me amas. Quanto he visto
es efecto de la edad,
y los lados que has tenido
que no son buenos.

Mirándola con rubor.

Leon. Ah , son
muy crueles los martirios
que te he causado.

Quint. Ya todos
los disipaste tu mismo,
y solo se halla ahora en mí
tu amor , Leonardo,
y te afirmo,
que todo se me ha olvidado.

Leon. Ay Quintina , pues consigo
que olvides , y que perdones
piadosa , mis repetidos
desaciertos , tú verás
mi enmienda.

Quint. No mas : yo miro
que es tarde ya , y que vendrás

cansado.

Leon. Es verdad.

Quint. Pues hijo
ven á recogerte.

Leon. Vamos.

Alma, que haya yo ofendido *ap.*
á esta muger?

Quint. Ven, Leonardo,
Tomando la luz y la calceta.
y cree que mi cariño
es cada día, si cabe,
para tí, mas excesivo
que nunca.

Leon. No le merezco,
Quitándola la luz.

lo veo: mas cree bien mio,
que todo lo que hasta aquí
hallaste en mí de desvios,
de desdenes, de tibiezas,
y rigor para contigo::

Quint. Qué?

Leon. Será desde hoy, ternura,
fee, amor, constancia y cariño.

ACTO TERCERO.

El aposento de la casa de Leonardo, con mesa, escribanía y papeles á la izquierda del foro. Junto á la primera embocadura se descubre sentada Quintina, como sacando de una Escusabaraja alguna ropa de niño, y Lucia recogiéndola.

Luc. Señora, tengo que dar
á vm. una gran noticia
que recibí esta mañana
en la tienda.

Quint. Y es, Lucia?

Luc. Que antes del amanecer
se ha embocado la Justicia
de rondon, en casa de
la señora consabida,
y á ella, y la estupenda pieza
del primo, con una linda
retaguardia, los llevaron
hasta la casa de tia.

Quint. A la Rita?

Luc. No, que es chanza:

ya se halla muy guardadita
en un encierro, porque
no la dé el sol de estos días
y se vuelva negra.

Quint. Pero
sabes la causa?

Luc. Hay quien diga
que porque vm. se ha quejado.

Quint. Yo? pues acaso tenía
ella la culpa? Infeliz:
antes bien hoy me lastima
su desgracia.

Luc. Lastimar?

Estamos bien á fé mia,
despues que ha dexado encueros
al amo.

Quint. Esa es muy distinta
materia: si tu amo, á instancias
de sus malas compañías,
no hubiera ido á buscarla,
ella á casa no vendria
á estafarle. Su delito
solo es, segun tú te explicas,
haber recibido quanto
la dió Leonardo: Lucia,
qué querias tú que hiciera
la pobre?

Luc. Pese á sus tripas,
ponerse á servir, que yo
soy tan buena, y aun podria
decir, mejor que ella, y sirvo.
Quieren, las señoras mías
lucir, á costa del pobre
tonto, que sus uñas pillan,
pues que traguen las resultas.
Así, así: y si media horita
mandára yo, puede ser
que otras Doñas presumidas
estafadoras, tambien
la hicieran hoy compañía.

Quint. Son muy dignas sin embargo
de compasion.

Luc. Yo, ni pizca
las tengo. Pero mi amo
quando la nueva reciba,
perderá el juicio.

Quint. Qué extraño
vendrá á ser, que su desdicha

sienta , aunque le sea ya
indiferente en el dia?

Luc. Si , indiferente : qué perro
se lleva vm. si se fia
de sus palabras!

Quint. Ve presto
á poner en la camilla
la ropa , por si despierta
Felix.

Luc. Voy. Vaya , qué lindas
tragaderas tiene mi ama!
Qué poco le creeria
yo , despues de tantos chascos!
*Vase llevando la ropa y la escusa-
baraja.*

Quint. Confieso que me lastima
de modo , la situacion
de esa infeliz , que:-
*Por la izquierda Leonardo , en tra-
ge de casa.*

Leon. Quintina,
Felix está ya despierto. *(izq.*
Quint. Pues voy á vestirlle. *vas. por la*
Leon. Oh fina. *Viéndola partir.*

jóven! oh esposa la mas
amante! qué alegre dia,
qué feliz para mí , éste
en que conozco tus dignas
qualidades , si pudiera
borrar de la idea mia,
el poco aprecio que de ellas
hice hasta aquí: la excesiva
pena , que mi corazon
destroza , y á mí me priva
del placer que sienten todas
las almas arrepentidas,
no tiene otro origen , que este
recuerdo , de mis impias
acciones. Pero , comparo
su amor , su fé , sus caricias,
su bondad , y su constancia
con mi esquivéz , mi perfidia,
mi abandono y mi fiereza,
y viendo tan excesiva
mi ingratitud , desconfio
de poder ni aun con mi vida
compensarla. Esto destierra
para siempre , la alegría
de mí. No basto á vencer
mi imaginacion. Me pinta

entre las muchas , crueles,
insufribles , y continuas
penas , que mi poco juicio
ha ocasionado á Quintina,
la mas acerba. A mis ojos
la representa abatida,
infelice , traspasada
de dolor y de fatiga,
mendigando con su hijo.

Piedad , buen Dios , que esta viva,
y triste imágen , destroza
mi corazon. Me horroriza,
me estremece , me confunde
y hiela en las venas mismas
la sangre. Triste memoria,
por piedad , no me persigas.
Dexame gozar al menos
lo que me reste de vida,
aquella felicidad,
ó inexplicable alegría,
que gustan dos almas , quando
se vén dulcemente unidas
por un mútuo y casto amor.
Huye de mí , y no me impidas,
pues he conocido , quanto
es amable mi Quintina,
que entre ella , y las dulces prendas
de su cariño , divida
mi corázon , y reparta
desde este dichoso dia
mi aliento , mi fé , mi gozo,
mis extremos y caricias.

*Vá á partir por la izquierda : sale
por la derecha un Eseribano , y dos
Alguaciles , y vuelve Leonardo.*

Esc. Caballero.

Leon. Quién:-

Esc. Dios guarde
á vm.

Leon. Y á vms.

Esc. Habita
este quarto Don Leonardo
de Arias?

Leon. Qué se os ofrecia?

Yo soy.

Esc. Entrad. *á los Alguaciles.*
Conoceis *á Leonardo.*
la autoridad de esta firma?

Mostrándole un papel , que reconoce

Leon. Si señor.

Esc. Como Eseribano
que soy de su Señoría,
vengo á que reconozcais
estos vales.

*Sacando otros papeles, que examina
con el mayor dolor.*

Leon. Quál se agita
mi corazon!

Esc. Esta letra
es vuestra?

Leon. Si señor, mia.

Esc. Y debeis las cantidades
que expresan?

Leon. Así mi firma
lo dice.

Esc. Sabeis á quanto
ascienden? Pasad la vista
por esta suma, que abraza
las cantidades distintas (ellos.
de estos vales. *mostrándole uno de*

Leon. Quatro mil, *repasandola suma.*
quinientos, seis. Ay, Quintina,
infeliz!

Esc. Satisfaceos:
está bien? Es esa misma
la cantidad que debeis?

Leon. Si señor.

Esc. Pues concluida
esta diligencia, oid
lo que manda el juez.

*Leyendo en el primer papel que mos-
tro á Leonardo:*

„Reconocidos por la parte los va-
„les presentados, y confesado el dé-
„bito, pague inmediatamente, ó em-
„barguese los bienes que hubiere, ó
„alcancen á satisfacerle, vendiéndose
„con asistencia suya dentro de ter-
„cer dia.

Leon. Oh dia
cruel!

Esc. Podeis aprontar
el dinero?

Leon. Con la prisa
que decis, no.

Esc. Pues á ver,
sacad unas alhajitas
que puedan cubrir la deuda,
y de ese modo se evita,

que entiendan la execucion
los vecinos.

Leon. Yo querria
poderlo hacer; mas no se halla
alhaja alguna exquisita
ni de valor. Sin embargo,
veré:- Esperad. Y á Quintina
qué la diré, quando se halla
del todo desprevenida?

Qué golpe, para su modo
de pensar! *vase por la izquierda*

Esc. Me alegraria
que hubiese:- Lo que es la casa
no está mal alhajadita *mirando adentro*
por aquí. Si, bien habrá
con que pagar; y si es niña
la muger, y petimetra,
que no será maravilla,
no dexará de tener
allá, algunas chucherias
de gusto, para su adorno.

*Vuelvo á salir Leonardo, y Quintina
con una caxita en la mano.*

Quint. Señores, muy buenos dias

Esc. Dios guarde á vm.

Leon. Ni aun su rostro
se inmutó con la noticia,
por no afligirme. *á Quintina*

Esc. Qué es eso?
Veamos.

Quint. Son dos sortijas *dándole la*
de oro, y un collar de piedras

Esc. Del tiempo de Matatías,
según su hechura. Vaya, eso
vale poco.

Quint. Es la mas rica
alhaja que tengo.

Esc. Siento
que trasluzcan mi venida
los vecinos, pues es fuerza
llevar mesas, silleria,
cortinages, y quanto haya
que baste á cubrir la lista
de acrehedores: y así ve
sentando lo que yo diga.

*Uno de los alguaciles, va á la mesa
y hace que escribe.*

Leon. Qué dolor! qué afrenta!
Quint. Pero,
señor notario, no habria

medio para diferir
esta diligencia un día
siquiera?

Escrib. No le hay : es fuerza
darla aquesta noche misma
evacuada. Lo que yo
únicamente podría
hacer por vos , es trabar
esta execucion precisa,
y en el interin que haga
vuestro esposo las mas vivas
diligencias , para hallar
quien le preste la debida
cantidad.

Leon. Sí, lo agradezco,
y voy corriendo. *Quintina.*
aparte á Quintina.

no te aflijas , que yo espero
que en esta ocasion me sirvan
mis amigos. *entra por la izquierda.*

Quint. Dios lo quiera.
Si no fuera tan crecida
la cantidad , desde luego
me animaria á pedirla
á D. Anselmo : mas ya
en diferentes partidas
nuestro tiene prestado tanto:::

*Vuelve á salir Leonardo , con sombre-
ro y espada.*

Leon. Buen Dios , tú mis pasos guia.
vase por la derecha.

Quint. Qué traspasado está el pobre
Leonardo!

Esc. Quanto se mira
en esta pieza , está ya:
y así en vuestra compañía,
pasaré á ver lo que hubiere
en las demás.

Quint. La divina
piedad , pues ve la amargura
en que se halla sumergida
esta casa , envíe á tiempo
el consuelo , y la alegría.

*Entra por la izquierda , y con ella
el Escribano y Alguaciles. Salon mas
largo: Se descubren sentados á una
mesa en que habrá alguna vianda,
vasos , botellas , Claudio , Narciso,
y Dionisio almorzando.*

Claud. Qué tal , chicos , están mal

sazonadas las magritas ?

Narc. Bocado rico.

Dion. No viene
mejor plato de la China
para mi gusto.

á Claudio que le echa vino en un vaso.

Narc. Echa vino,
y arda Troya , que esta vida
otro tiene que heredarla. *bebe.*

Claud. Sí , sí ; y si uno desperdicia
estos ratos , despues todo
son cuidados y desdichas.

Narc. Oyes Dionisio , y quando es
la boda ?

Dion. Dices , la mia ?
quando venga la licencia
del Padre de la Ponchilla.

Claud. Tardará ?

Dion. Creo que sí.

Narc. Pues dónde está ?

Dion. En la otra vida.

Claud. Con que eso es decir , que no
te casas.

Dion. Pues hombre , habia
de ser yo tan animal ?
digo , y andaluz.

Claud. La chica,
pues , está muy confiada.

Dion. Qué ha de hacer la pobrecilla
si se lo hago yo creer ?

Claud. Casaca ? chico en la vida:
sacando un frasquillo de rosoli.
pasatiempo , que se pueda
dexar qualesquiera día.

Narc. Es anís ?
echando en un vaso que toma Narciso.

Claud. Y superfino.

Narc. De Francia ?

Claud. O de Filipinas.

Narc. A mi salud. *bebe.*

Claud. Hasta verte.

Dion. El pelo de las usías
lo pagará luego.

Narc. Quién,
hoy ? sí : desde aqui á tendilla
y no salgo de la cama,
hasta la noche.

Claud. Y las Ninfas ?
echando rosoli á Dionisio.

Narc. Que se mueran , que hoy no peino

á nadie.

Dion. Bueno está.

Narc. Arriba,
que Leonardo paga.

Claud. Apuesta.

Narc. Pero hombre, la pobre Rita:
mira que es chasco: él, preciso
se dará un par de sangrias
por la pesadumbre.

Claud. Si ella
se estuviera quietecita
en el baile, como hicimos
nosotros, no se vería
donde se vé.

Dion. De esta vez
va Pe rico en romería
á visitar el peñon.

Narc. Pues hombre, él, qué picardías
ha hecho?

sacando otro frasquillo.

Claud. Ya se vé, mirar
por el honor de su prima.

Dion. Quien mal anda, mal acaba.

Narc. Eso es lo que yo decía.

Vaya, echa de ese otro, y caiga
el que cayere. *alargando el vaso.*

Claud. Que vivan
bien, como yo, y no tendrán
que temer. *echando rosoli.*

Narc. Por la de Rita,
chicos, y que Dios la dé
una vocacion cumplida
si va al Convento.

Los 2. Asi sea.

Nar. Que llaman. llaman á la puerta.

Dion. Abro? *levantándose.*

Claud. Sí? mira
primero quién es.

vase Dionisio por la derecha.

Narc. A buen
tiempo llega la visita.

Claud. Sí, que almuerce lo que queda
en el plato.

*Sale Leonardo con Dionisio, y al ver-
le se levanta regocijado.*

Narc. Brabo, viva,
que es nuestro amigo Leonardo.

Vaya, echa aqui de ese almiar.

*Alargando el vaso, y Claudino echán-
dole rosoli.*

bebe.

Bueno. Leonardo, echa un trago.
*Se viene á ofrecer el vaso á Leonardo
y este como escusándose.*

Leon. Lo estimo. *sentándose con Lau-
Narc. Bueno sería (guider.*

que me hicieras el desayre.

Claud. Si quieres una magrita
se irá por ella.

Narc. Sí, sí,
yo iré aunque sea á Galicia
por ella, si quieres.

Leon. No,
que ya almorcé, aunque de prisa
antes de salir.

Narc. Pues hijo,
al menos esta copita
ha de caer.

Leon. Beberé
por fuerza.

Claud. Pese á tus tripas
bebe, y ensancha ese quajo
que mas importa en el dia
tu salud, que quantas hembras
hay en el mundo.

Narc. He, gallina,
baboso, aprende de mí,
mala hora las persiga
á todas: pesar por ellas?
que si quieres: en el dia,
que una me dexa por otro,
que se vá, ó que me la quitan
de enmedio, hago que me traigan
un pichon de la hostería,
echo un par de tragos mas
á la salud de una indigna,
busco otra luego; y he aqui
cómo el pesar se me quita.

Leon. Qué poco penetran ellos
lo que mi pesar motiva!

Claud. Dice bien, la mejor de ellas
en polvos, chico.

Dion. Qué quina,
se podria hacer entónces!

Leon. Ay Claudino! *con vehemencia*

Claud. Sí, suspira.

Narc. Lloro un poquito. *con bisfeno*

Dion. Dexadle
que se explaye.

Narc. Habrá Marica
semejante?

Claud.

Claud. Y en substancia,
por quién? digo por la Rita. *con int.*

Narc. Miren qué censo.

Dion. Hombre, al cabo
si éste otro la quería,
qué extraño es que haya sentido
su desgracia? *Leonardo sobresal-*

Claud. A bien, que viva *(tado.*
está, y si tiene manejo,
dentro de muy pocos días
puede sacarla.

Leon. De dónde? *con viveza.*

Claud. Pues qué, no tienes noticia
del caso?

Leon. Yo no.

Claud. Pues, hijo,
desde aquesta mañanita,
los tienes á cada uno
en un encierro.

Leon. Deliras,
Claudino? Rita y Périco?

Claud. Y sino Périco y Rita.

Leon. Me has sorprendido. Pues cómo?

Narc. De veras no lo sabias?

Leon. No.

Dion. Pues hombre al mismo bayle
nos llevaron la noticia.

Claud. Y ello el tiro se le han hecho,
ó Don Anselmo, ó Quintina.

Leon. Si tal supieras: como arrebatado
Narc. En verdad
que el que ha sido, merecia

un trabuazo.

Claud. Sí, á fé.

Dion. Pues hombre de qué venias
tan mustio?

Leon. Ay Dionisio! *con languidez.*

Narc. Qué es?

Claud. Vaya, cuéntanos tus cuitas.

Leon. Sois mis amigos?

Narc. y *Dion.* Yo sí.

Claud. Y yo, como no me pidas. *ap.*

Leon. Pues en aquesta ocasion
lo mostrad. A esta hora misma

está en mi casa, embargando
quanto tengo, la justicia

por quatro mil y quinientos
volviendole ellos el rostro, y hacien-

dose señas con disimulo.
reales que debo. La prisa

es tal, que solo me dexa
acudir á vuestra fina
amistad: y pues mil veces
habeis hallado en la mia
quanto buscasteis, no dudo,
que pagandola en la misma
moneda, la sacareis
del ahogo en que se mira.

Dion. Yo, por mí, bien sabe Dios
que lo siento, pero ha días
que estoy sin blanca. *levantandose.*

Narc. Pues chico,
yo tambien estoy *per istam,*
desde ayer; sino, ya sabes
que con el alma y la vida.

Zape. *ap.*

Dion. Qué hora es, chico?

Nar. Son *mirando el reloj.*
las nueve.

Dion. Me engañas?

Narc. Mira. *mostrandosele.*

Dion. Por vida de:-- abur, abur.

Leon. Falló la esperanza mia. *ap.*

Narc. Espera, que yo tambien
me voy. *levantandose.*

Dion. Pues que sea aprisa,
que no puedo detenerme

Narc. A Dios, chicos. *vanse.*

Claud. Qual las lian
los dos, por huir la quema! *ap.*

Leon. Claudino, en tí solo estriva
mi esperanza. En tí confio.

Claud. Pues á buen árbol te arrimas. *ap.*
si tú supieras, que tengo
que ir á buscar en el día
diez duros, para pagar
al casero, qué dirias?

Leon. Hombre, haz por mi esta fineza,
tú que tienes infinitas
conexiones, valete
de un amigo.

Claud. Tú deliras:
pues no sabes que los tengo
cansados en mis continuas
urgencias, de modo que
voy huyendo de su vista?

Leon. Aunque fuera la mitad
no mas:-- *(dose.*

Claud. Sí, muy buenos días, *levantan-*
vaya, chico, y yo estoy muerto

de sueño, y tender la espina
deseo; si quieressi:-

Leon. Ve, *levantándose con enojo.*
ve en buen hora, que yo vista

Claudino parte por la izquierda sin mirarle.

la falsedad, el engaño,
la ingratitud, y perfidia
de los que tuve hasta aquí
por amigos, de su vista
quiere huir, abominando
de su trato, y compañía.

parte por la derecha.

Aposento corto de la casa de Leonardo por la izquierda.

Luc. No lo dije yo? ahora van
saliendo las picardías
de mi amo á relucir.

A mas de estar sin camisa,
lleno de trampas, y:- vaya
vamos, yo le ahorcaria.

Veán vms. que trago
este de hoy, si bien se mira,
para mi ama! ya se ve,
tiene vergüenza, y la vista
de esos fariseos:- mala
cara tiene la justicia,
mirada de cerca.

Sale por la derecha Don Anselmo.

Ans. Ahora
sabrás aquesa gentecilla,
si ha de hacer burla de un hombre
de bien: canalla atrevida,
que baylen, que baylen ahora
la boleras. Buenos días,
Lucía.

Por Dios, señor,
que remedie la desdicha
de esta casa.

Ans. Pues que hay? *sobresaltado.*

Luc. Una de las infinitas
entruchadas de mi amo,
que nos lleva á toda prisa
acia el hospicio.

Ans. Estas loca?
qué es lo que hablas? tú deliras.

Luc. Ojala.

Ans. Vaya muchacha, con impaciencia.
dexa la zalamerías,
y dime lo que hay.

Luc. Que está
allá dentro la justiciela,
embargando quanto encuentra
en casa.

Ans. Oh Dios, qué desdicha!
y por qué?

Luc. Por una pella,
que ha hecho mi amo estos días
de quatro mil y mas reales,
según dicen.

Ans. Pobrecita

Quintina. Vaya, este chico
la vendrá á quitar la vida
sin remedio. Y donde está?

Luc. Mi amo? salió con gran prisa
luego que vió malo el cuento,
y nos dexó esa visita
para nuestra diversion.

Ans. Es buen sosiego, á fé mia.

Vaya, yo no soy para estas
lástimas: solo de oirlas:-
valgate Dios. *parte por la derecha*

Luc. El se va
hablando con su camisa
según veo: habrá carrancas!
no mas una vez: permita
Dios, vegestorio enfermizo,
que te den hoy la comida
tan dura, que no lo puedas
mascar: de enojo y de ira
no sé lo que digo. Al cabo
de molerme con continuas
preguntas, irse, y dexarme
como estaba. Alpargatilla,
embusteron: muchos gestos,
y muchas zalamerías,
pero apenas olió el duro
conflicto en que se veían
mis amos, ha echado el cuerpo
fuera, porque no le pidan.
Amigos? todos son unos.
Este emplasto, que creía
yo, que era el mejor, al cabo
vino á hacer lo que hoy estilan
todos, que es huir del pobre
que va de capa caída.

Al partir por la izquierda, sale por la derecha Leonardo.

Leon. Lucía.

Luc. Señor.

Leon. Dí á tu ama
que salga. Pobre Quintina,
se entra Lucía por la izquierda.
que en vano creí sacarte
de la amargura excesiva
en que te ves á estas horas
por mi causa! Quién habia
de pensar, que me volviesen
la espalda, en tan impropicia
ocasion, aquellos mismos
que finos se me ofrecian,
quando no necesitaba
de su favor. Ah, que indignas
almas! amigos falaces,
que mal hace quien se fia
de vuestras promesas dobles,
engañosas, y mentidas!
Viles, así á quien os dió
la mano, en vuestras continuas
desgracias, abandonais
hoy en la suya? Así estima,
así paga vuestro indigno
corazon, mis repetidas
finezas? Pero ah, ya son
sin fruto las quejas mias.
Conozco que este es el pago
que dá el mundo, á quien se fia
de sus ofertas. La loca
juventud, las compañías
seductoras, á qué horrible,
á qué funesta, é impropicia
situacion han conducido
mi alma! Falsas, mentidas,
lisongeras, y engañosas
siempre, decid, las delicias
que me ofrecisteis, en dónde
están? La gustosa vida
que gozaba ayer, qué se hizo?
Los amigos que á porfia
me adulaban, el incienso
que á mi persona ofrecian,
dónde está? Mas ay, que todo
faltó, en aquella hora misma
que me miraron caído.
Ya solo en mi alma habita
el fiero dolor: me cerca,
la amarga memoria misma
de mis yerros: mis desgracias
solas, me hacen compañía,
y todo yo, soy despecho

y confusion.

Sale Quint. Qué querias,
Leonardo mio?

Leon. Tan solo *echandose á sus pies.*
que perdones la excesiva
pena, que te ha acarreado
mi proceder este dia.

Quint. La que tú pasas es sola
la que siento. Dime aprisa,
has hallado en tus amigos,
algun favor?

Leon. Ay Quintina, *(cion.*
desengaños solamente. *con indigna-*
Falsos viles.

Quint. No te afligas,
que yo, si tú lo permites,
saldré á dar un paso, y... fia
en Dios, que ha de consolar
nuestra afliccion. *vase.*

Leon. Esta misma
virtud y conformidad
de mi esposa, martiriza
mas mi corazon: debiera
horrorizarla mi vista
con razon, y sin embargo
solo á consolar aspira
mi dolor, disimulando
el suyo.

Vuelve á salir Quintina con manti-
lla y basquiña.

Quint. Solo querria,
que entretuvieses, si fuera
posible, hasta medio dia,
al Escribano. *vase por la derecha.*

Leon. Esta bien. *con abatimiento.*
A dónde irá mi Quintina
tan presurosa? Si á nadie
conoce, en quien solicita
hallar hoy, el mas remoto
consuelo?

Por la izquierda el Escribano y un
Alguacil.

Esc. Ya es concluida
esta diligencia. Viene *á Leon.*
la mosca?

Leon. No es tan propicia *con langui-*
mi suerte, amigo. *(déz.*

Esc. Paciencia.
Y habrá un vecino que os sirva
de depositario.

Leon. Menos.

Esc. Vaya, pues, vé tú y avisa
al Alguacil.

media docena de mozos
que se lleven quanto en lista
se ha puesto, que mientras tanto
se quitarán las cortinas,
y espejos. *vase el Alguacil.*

Leon. Buen Dios. *consternado.*

Esc. Qué amables
son los dos! y ella aunque niña,
qué juicio, y qué honestidad!
Oh, sino, no se vería
en este apuro. Ya hubiera
hallado en qualquiera esquina
el marido, quien le diese
la mano: sí.

Leon. No podría
vm. esperar siquiera
media hora mas?

Esc. Me lastima
vuestro quebranto, y quisiera
remediarle: mas no estriva
en mí: tenemos que hacer
dos diligencias precisas
antes de comer: si no
creedme, que os servirá. *vase.*

Leon. Valgame Dios, con qué cara
me he de poner yo á la vista
de los vecinos, despues
de esta afrenta! La noticia
de este embargo, correrá
de casa en casa este dia,
sin duda. En quantos cafes
he freqüentado, en las mismas
tertulias, en donde ayer
el primer papel hacia,
quánto no hablarán de mí?
Sí: el objeto de su risa
y mofa seré. Ya nadie
hará el aprecio que hacia
de mí: me señalarán
con el dedo, y de mi vista,
y mi casa irán huyendo.
Qué afrenta, buen Dios!

*Se sienta consternado en un taburete
que podrán sacar á mano al descu-
brir esta scena junto al bastidor pri-
mero de la izquierda. Por la derecha
sale el Alguacil con dos mozos, y al*

*entrarse por la izquierda, vuelve el
rostro Leonardo, enternecido.*
Oh, día

funesto! oh, pena la mas
cruel de las de mi vida!
Se levanta, y dice mirando á dentro.
toda la sala está ya
despojada: hasta la misma
ropa, que para el adorno
de mi Quintina servia,
se llevan. La fiel, y triste
Lucía, todo lo mira
anegada en llanto. Y yo
que de toda su desdicha
soy causa, puedo vivir,
paseándose con la mayor agitacion
sin confundirme? Justicia
inexorable, por qué *con vehemencia*
con tanta piedad castigas
mi culpa atróz? Pero acaso,
con pena mas excesiva
puede hacerlo, que obligarme
á ver aquestas impías
consequencias de mis yerros?
No, mas dulce me sería
la muerte, que el triste estado
en que á vér voy mi familia
desventurada: esto, esto
es lo que mas me contrista.

*Vuelve á sentarse entre furioso, y con-
ternecido. Por la izquierda el Escor-
bano con un papel en la mano, el
Alguacil, y los dos mozos cargados
de una mesa, algunas papeleras, espe-
jos, ú otros qualquiera muebles que
sean mas aptos para el caso.*

Esc. Qué traspasado está el caso.
mozo! pero no me admira.
Tomad, señor, para vuestra
satisfaccion, esta lista *dale un papel*
de lo que llevo embargado.

Leon. Está bien.

Esc. Si en los tres dias
que os dá la ley, encontráseis
vos la cantidad precisa,
acudid, que en el momento,
con la exatitud debida
se os hará entrega de todo.

Leon. Ya virtuosa Quintina
llegará tarde el remedio

que fuiste á buscar. *Esc.* Aprisa, guiales tú, hasta mi casa, *al Alguacil.* y quedate allí: mas cuida de que pongan, quanto fueren llevándo, en la sala chica, sin que nada se estropee.

Leon. Buen Dios, quitadme la vida, ó dadme fuerzas. *con abatimiento.* *Al partir el Alguacil, y los mozos por la derecha, sale D. Anselmo y los detiene.*

Ans. Tened. Si un punto mas con Quintina me detengo, llego tarde. *Leon.* D. Anselmo es, y su vista me cubre de rubor. *baxando los ojos.* *Ans.* Vaya, vuelvan á dexar aprisa la carga. Vin., Secretario, me hará el gusto de esa lista de deudas. *Leon.* Alma, qué escuchol *entre sorprendido y alegre.* *Esc.* Vaya, este es, segun indica, el padre ó suegro. Aquí está. *Le dá un papel, y algunos vales: y á la seña del Escribano, vuelven á dexar los mozos la mesa y demás muebles.*

Leon. Oh, si su alma compasiva me sacará de este ahogo! *Ans.* No es mala la retaila *leyendo.* de acrehedores. Pues digo, qué almas tan equitativas! diez varas de tafetán sencillo, color de lila, á quince reales. A bien *representando.* que es corta la demasia: seis reales de nueve á quince: y por si se olvida que lo debe, allá le encaxan una execucion encima. *Picaros.* Diez avanicos: *leyendo.* así la señora mia tenia siempre tanto aire en la cabeza. *mirando á Leonardo.* *Leon.* El me mira con enojo. *Ans.* Vaya, esto está visto. Ni las indias le bastaban á Leonardo para ella, segun iba.

No quiero ver mas, porque se me revuelven las tripas. Venga vm. acá. *al Escribano.*

Esc. Si irá á pagarme? me holgaría.

Ans. Cuente vm.

Saca un bolsillo con algunas monedas: las echa sobre la mesa, y el Escribano va contando.

Leon. El va á pagarle. *como enagenado.* Buen Dios! Oh, alma compasiva y generosa! Oh, amigo verdadero! tu me inspiras aliento nuevo, y redimes de una vez mi honra perdida.

Ans. Hay quatro mil y quinientos?

Esc. Cavales. *Ans.* Veré la lista, como leyendo al pie de la lista. faltan seis reales: tomad:

Saca de otra faltriquera algun dinero suelto.

y este doblon de propina por lo que habeis esperado.

Esc. Señor:- *Ans.* Vaya, idos aprisa.

Esc. Tened mi inutilidad por vuestra.

Vase por la derecha, con los Alguaciles y mozos.

Ans. Bien, os lo estima mi atencion: mas Dios me libre de vosotros. El me mira avergonzado. No quiero *Mirando á Leonardo con disimulo.* que le ocasione mi vista mas dolor. Voy á buscar con toda prisa á Quintina pues tanto me lo ha encargado.

Camina ácia la derecha, y Leonardo vá ácia él presuroso.

Leon. El se vá: gratitud mia qué esperas?

Ans. Adónde vais? *volviendose con*

Leon. A ofreceros esta vida *(secatura).* que me dais:- *Ans.* Romped aquellos vales. Pobre: mas precisa *ap.* esta seriedad: sino:- sí, mañana volveria á las andadas. *vase.* *Leon.* Apenas oso levantar la vista para mirarle. He pagado

siempre tan mal sus continuas
 finezas, que me confunde
 su presencia. Ayer huía
 de su lado: me enojaban
 sus saludables y amigas
 reconvenciones, y en fin,
 desprecié sus repetidas
 ofertas, por no dexar
 á aquellos, que con mentida
 capa de amistad, lograron
 mi perdición y ruina:
 y hoy que he visto cuánto vale
 un amigo, se retira
 de mí, quien lo era. Qué importa
 que con piedad poco oída
 me haya sacado del lance
 estrecho en que me veía,
 si al fin quedo en el abismo
 que antes? Yo veo perdida
 mi opinión: he malgastado
 los haberes que tenía:
 he vendido ya las pocas
 alhajas que mi Quintina
 trajo, y me quedan mil deudas
 que mañana ú otro día
 me pondrán en otro apuro
 como el de hoy. Oh, qué impropicias
 reflexiones, quando llegan
 tan tarde! dónde la vista *cabiloso*.
 volveré? en quién he de hallar
 lo que perdí? Por mi misma
 inacción, está suspenso
 el pleyto que ya tenía
 en buen estado, y no puedo
 acalorar su revista
 por falta de medios. Yo
 sin empleo, y con familia,
 qué haré? Mi esposa, los tiernos
 pedazos de la alma mia. *con ternu-*
perecerán:— Oh qué amargo *(ra.*
discurso! Y qué, es fantasía *con ente-*
por ventura? Con qué medios *(reza.*
acudirá á su precisa con resolucion.
manutencion? Con el mas
 repugnante á mis altivas
 ideas: quando otro no hálle,
 serviré:— Buen Dios, la misma
 necesidad, me será
 mas dulce. Qué se diría
 de mí? Yo, que me *hombreaba*

ayer, con las mas lucidas
 personas de la nobleza,
 con qué valor me pondría
 hoy á servir. Imposible.

*Se vuelve á sentir como agitado,
 sale al patio.*

Luc. Mucho tarda esta familia
 en volver: pero qué veo?
 nada han llevado. Lucía
 qué será! Pues ello, todos
 se han ido, y solo se mira
 mi amo, haciendo calendarios
 allí: como uno decía
 despues que el asno se ha muerto
 pues. *Leon.* Y porque lo resista
 mi vanidad, he de ver
 á mi adorada Quintina,
 y mis hijos, consumidos
 de la miseria? A mi vista
 han de espirar, porque yo
 no quiera verme este día,
 abatido? Cruel padre,
 barbaro esposo, ella misma
 no se humilló por tu culpa
 hasta mendigar? Lo olvidas
 tan pronto? Pues si su fina
 pasión, la llevó á ese extremo
 de abatimiento, qué miras?
 qué reparas tu? Es mas dulce
 tu vanidad, que las vidas
 de tus hijos? No hijos mios,

levantandose con viveza.

no, virtuosa Quintina,
 yo te imitaré. Estad ciertos
 que yo sabré en este día
 por conservaros, no solo
 servir, y humillar mi altiva
 cerviz, sabré mendigar,
 y sabré con la mas digna
 magnanimidad, venderme
 por conservar vuestras vidas.

Salé Luc. Qué maquinará! Señor,
 pues qué, se fué la Justicia,
 sin llevar nada? *Leon.* Si.

Luc. Gracias á Dios. *Leon.* Amada *Leon.*
 á Don Anselmo tenemos
 que agradecer esta dicha.
 El ha pagado la deuda.

Luc. Miren lo que es la malicia:
 y creí yo:— ahora digo

que es un buen hombre.

Por la izquierda Quintina: Leonardo corre á recibirla regocijado, y al ver á Rita, que viene con ella se sor-

Leon. Quintina, (preheniendo.)
Buen Dios, sueño? es ilusión...

Quint. Leonardo, aquesta visita te traigo, y has de obsequiarla, mucho, si á agradarme aspiras.

Leon. Yo tiemblo. sin mirarla.

Rit. Ni aun á mirarle me atrevo.

Luc. O aquesta es la Rita, avergonzada.

ó yo tengo cataratas. (Lucía.)

Quint. Toma, dobla esas mantillas. á Rita. Toma, dobla esas mantillas, y se la da con la suya á Lucía.

Luc. Vaya, que es á quanto puede llegar su sorna.

Quint. Qué miras parte por la izq.

esposo? admite esta prueba de lo que mi amor estima

tu fama: pues contemplando lo que de tí se diría

si á una muger que trataste, en medio de su desdicha

la abandonabas, y que muchos me atribuirían

su quebranto, no he cesado hasta sacarla yo misma

de él: la sabía clemencia de el Juez, hoy á instancias mías

la ha vuelto á su libertad, con la condicion precisa

de que vuelva á Zaragoza de otro de tercero día

á vivir con su marido, que es quien hizo á la Justicia

buscarla, y prenderla. De ello es fiador, por mí misma,

Don Anselmo, y yo confío que nos dexará la Rita

sirosos, pues se confiesa del todo reconocida.

Rit. Si señora: la afliccion en que me he visto este día,

de manera me ha mudado, que os confieso que yo misma

no me conozco. Dos cosas, dos delitos me horrorizan

entre todos. El haber dexado, la compañía

de mi esposo, aconsejada de un traydor, y seducida

por él, haber apartado con mentirosas caricias

de vos, á Leonardo: pero si mis lágrimas continuas,

si el pesar que de ello tengo y tendré toda mi vida,

merecen, que hayáis piedad de mí, á los dos os suplica

mi humildad, que perdoneis á una infeliz.

Se arroja á los pies de Quintina, y Quint. Si, si amiga (ella la levanta.)

no os aflijais. Yo os perdono gustosa, y con alegría

deseo, que vais á ser venturosa, en compañía

de vuestro marido. Rit. Así lo espero. Leon. Qual regocija

mi corazon ésta escena! por la derecha Anselmo.

Ans. Vaya, á la fin de mis dias vine á parar en agente

de negocios. Quint. Una silla, Leonardo.

Ans. Si, si, muy bien sentandose.

la necesito. Quintina, una y no mas: decid vos,

á Leonardo abriendo una cajita, y mostrandola.

Es esta la joya misma, que ayer vendisteis? Leon. Ella es.

Ans. Y en quanto estaba vendida? Leon. En mil, y dos cientos reales.

Ans. Qué buen mercader hariais vos: ahora me ha ofrecido

quatro mil un diamantista por ella. Y supisteis, quien la compró. Leon. No.

Ans. Pues la linda maula, del señor Claudino,

se la quedó. Ya sabia el, lo que compraba. Infame:

éstas y otras picardias pagará ahora.

Leon. Pues qué: con viveza.

Ans. Ya está en la cárcel de villa.

Leon.

Leon. Claudino? *Ans.* Sí, y yo he librado á mil hijos de familia de tan dañoso enemigo. Qué buen ayre se daría á estafar, que le han hallado, con varias alhajas ricas seis mil reales en dinero.

Leon. Picaron, y mi desdicha no quiso aliviar. *Ans.* Mañana, á mas tardar se imagina que irán á Zeura, él y el primo en amor y compañía.

Bien lo merecen, eso es otra cosa. Aunque la prima lo sienta. *Rit.* No, yo me acuerdo que el es causa de mi ruina y perdición. *Ans.* Vaya, ya he dado yo á la Justicia los mil y doscientos reales en que consta, por su misma declaracion, que compró esta joya. Vos Quintina dandosela. la guardareis, que este:— no, no fio de él. *llaman.*

Leon. Yo:— *Quint.* Lucía, *Sale Lucía, y parte por la derecha.* mira quién es.

Ans. Buena alhaja al oído á Leonardo. sois! Sí, sí, baxad la vista que no por eso volveis á engañarme, en vuestra vida.

Sale Lucía con una carta, que da á Leonardo.

Luc. Esta carta trahe un hombre para vm. *la abre, y lee con regocijo.*

Ans. Y ser podía de otra Rita, que yo:— pues abonado es como hay viñas para todo, el niño. *Leon.* Oh Dios: *dexando de leer y arrebatado de placer.*

llega conmigo Quintina, reguémos con tierno llanto de gratitud, las benignas *echandose á los pies de Anselmo.* plantas, de este nuevo padre.

Ans. Alzad, que zalamerías son esas? Vaya qué es ello?

Leon. Oid: venturoso día.

Lee Señor Don Leonardo: acaba de salir á favor de un la postrec son-

tencia, del pleyto que puso á mi cargo. Su pronto y feliz éxito, prescindiendo del justo derecho que nos asistía, se debe al zelo, con que ha procurado aviar las cosas, el amado Don Anselmo. Yo os doy mil enhora buenas, y pasaré mañana, á instruir á vm. de lo que conviene hacer, para que quantò antes tome posesion, de su mayorazgo. &c.

Quint. Leonardo. *Leon.* Quintina. *Los 2.* Padre. *echandose á sus pies.*

Ans. Vaya, yo estoy loco; aprisa venid los dos á abrazarme.

Rit. Oh quanto me regocija su felicidad. *Ans.* Ah, sí, toma, toma tú Lucía dale aquesta caja de oro á ese hombre por la noticia que nos traxo. *Luc.* Bien pagado va el porte. *vase por la derecha.*

Leon. Cómo podría pagaros, oh fino amigo, lo que os debo? *Ans.* Haciendo aprisa por gastar el mayorazgo en bayles y tonterías, como hasta aquí. *Leon.* Vos veréis mi enmienda. *Vuelve á salir Lucía.*

Ans. Pues á fé mia que si no lo haceis, ó poco he de poder, ó á Melilla os he de enviar: cuidado.

Leon. Ya solamente ésta dicha faltaba, para que fuese mi satisfaccion cumplida.

Quint. Lucía vé por Jacinto á la escuela. *Leon.* Sí, vé aprisa. *á Rita.*

Ans. Vos señora, partireis mañana con compañía de mi confianza. *Rit.* Eso desco.

Leon. A los dos suplica mi amistad que me ayudeis á celebrar esta dicha, comiendo conmigo: y pues tenemos hoy á la vista, lo que un buen amigo sirve, y lo que el malo arruina.

Todos. Despierte la juventud dócil, incauta, y sencilla.